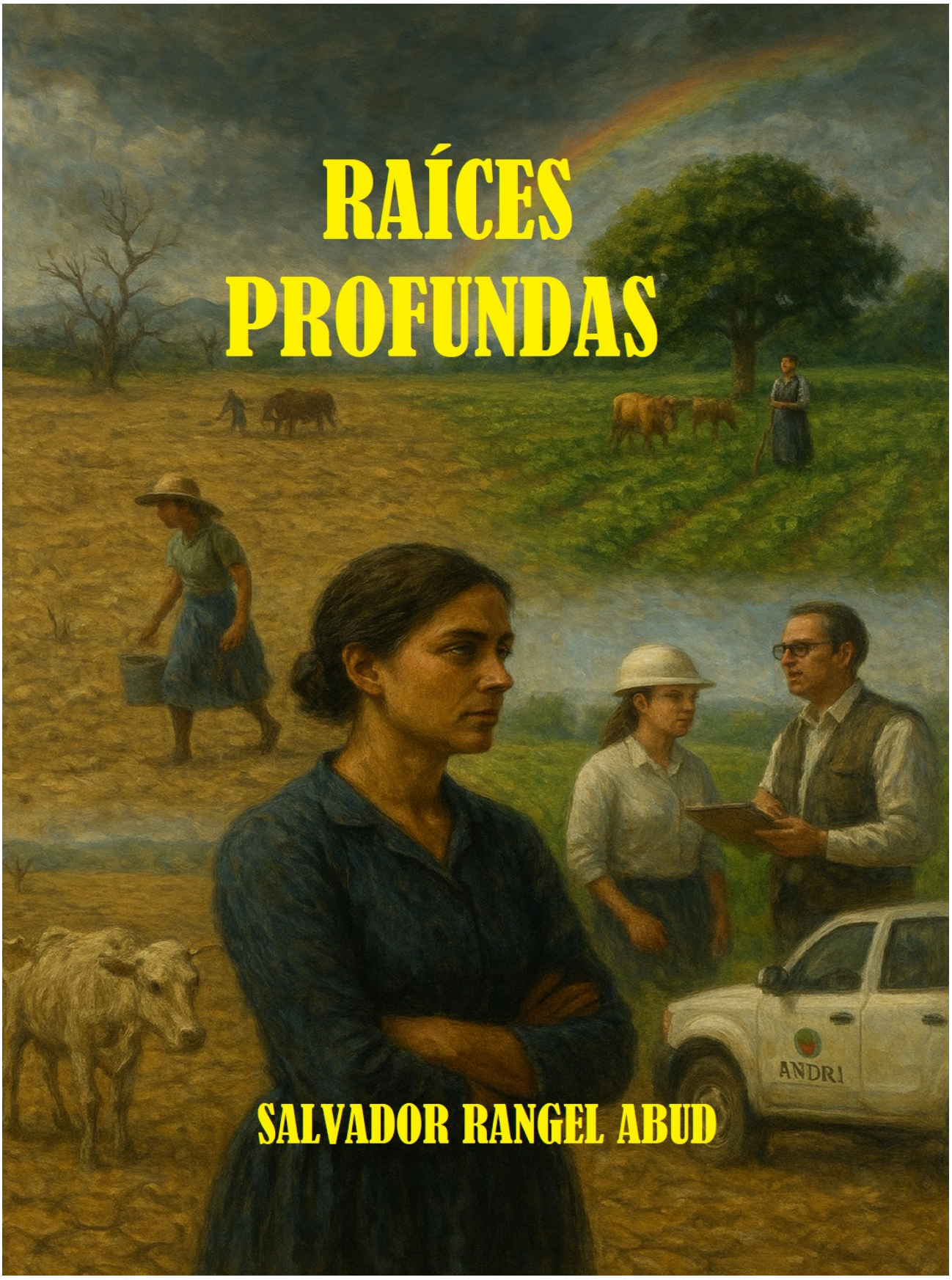
RAÍCES
PROFUNDAS
SALVADOR RANGEL ABUD
ANDRI

RAÍCES PROFUNDAS

Una novela de Salvador Rangel Abud

Sinopsis

Rancho El Encinal, Jalisco. Marzo 2027. Ciento cuarenta y tres días sin lluvia. Ana Lilia Palacios observa desde el corral los dieciséis becerros que quedan del hato que alguna vez tuvo ochenta cabezas. Dieciséis animales flacos, costillas marcadas, masticando polvo porque ya no hay pasto.

El intermediario ofrece cuatro mil quinientos pesos por cabeza. Hace dos años pagaba ocho mil por becerros más chicos. Pero hace dos años llovía. Ahora solo queda polvo color hueso, encinos rogando al cielo sordo, tierra pelada donde antes crecía pasto hasta la rodilla.

Ana Lilia está por malbaratar su ganado. Vender el trabajo de un año por setenta y dos mil pesos. Renunciar al rancho que su abuelo nombró en 1952 por los robles majestuosos. Traicionar la promesa que le hizo a su padre moribundo: "No vendas el rancho. Manténlo vivo."

Entonces llega Daniela Cervantes, ingeniera de la Agencia Nacional de Desarrollo Rural Integral (ANDRI), con camioneta blanca y propuesta que suena demasiado buena: sistemas silvopastoriles. Árboles entre el ganado. Menos agua, más producción, becerros vendidos a ocho mil pesos en plena sequía.

"Los árboles no se comen," dice Ana Lilia, repitiendo palabras de su padre.

"No, pero dan sombra. Y la sombra baja temperatura del ganado entre cinco y siete grados. Ganado estresado por calor come menos, engorda menos, se enferma más. Además, árboles como leucaena tienen hojas con veinticinco por ciento de proteína. El ganado las come. Forraje vivo que crece cuando pasto murió."

Ana Lilia acepta visitar rancho en Tepatitlán. Lo que ve la cambia: árboles frondosos dando sombra generosa, ganado gordo y sano, ganadero vendiendo becerros al doble del precio de mercado. En plena sequía. Con menos agua que ella.

Decide intentar. El programa subsidia setenta por ciento de inversión inicial. Ella pone treinta por ciento y el trabajo. Planta mil árboles en ochenta hectáreas. Leucaena, guácima, parota. Los primeros meses son dudas, vecinos burlándose, becerros ignorando las plántulas.

Pero los árboles crecen. Y bajo su sombra, el ganado cambia. Come hojas. Engorda. Se calma. El Encinal revive...

Mientras tanto, en otros rincones del campo mexicano:

Sera Gutiérrez (ingeniera civil) llega a Distrito de Riego 087 en Guanajuato. Infraestructura colapsada, canales azolvados, compuertas rotas, corrupción

enquistada. El agua que debería regar veinte mil hectáreas se pierde en fugas, robos y negligencia.

Sera propone modernización completa: sensores de flujo, compuertas automatizadas, medición digital, transparencia total. Los caudillos del agua (caciques que controlan distribución desde hace décadas) la amenazan. Intentan sabotear. Pero ella persiste con datos, ingeniería y alianzas con agricultores honestos.

En dos años, eficiencia del distrito pasa de cuarenta y dos por ciento a ochenta y tres por ciento. El agua llega exactamente al lugar que debe. Los robos se vuelven imposibles. La corrupción se marchita como planta sin agua.

Sicarú López (cafetalera zapoteca en Oaxaca) vive en comunidad donde intermediarios pagan tres pesos por kilo de café que venderán a trescientos en cafeterías de ciudad. Siete mujeres forman cooperativa. Compran tostadora usada. Aprenden empaquetar, etiquetar, comercializar.

Primeros intentos son desastres: café quemado, empaque ridículo, nadie compra. Pero aprenden. Mejoran. Persisten. En cinco años, cooperativa tiene sesenta y siete mujeres, exporta a Estados Unidos y Europa, paga treinta pesos por kilo a productoras.

Armando Quintana (genetista agrícola jubilado) dedica treinta años a crear maíz resistente a sequía. Logra variedad Tláloc-1 que produce cosechas decentes con treinta por ciento menos agua. Empresa biotecnológica ofrece comprar patente por cincuenta millones de pesos.

Armando rechaza. Crea licencia abierta. Regala semillas. "Las semillas no se inventan. Se descubren en lo que ya existe. Robarme eso hubiera sido profundamente deshonesto."

Seis años después:

Documentalista Laura Menéndez filma balance honesto del programa México Rural Próspero. No todo funcionó. Cooperativas fracasaron. Distritos siguieron corruptos. Jóvenes siguieron migrando al norte.

Pero algo cambió. Árboles de Ana Lilia dan sombra generosa. Agua de Sera llega exactamente a parcelas. Café de Sicarú cruza océanos. Maíz de Armando crece en millones de hectáreas.

"¿Cambió todo? No. ¿Cambió algo significativo? Sí. Y ese algo es suficiente para seguir intentando."

Esta no es historia de milagros sino de intentos imperfectos de cambiar sistema roto. De gente real haciendo cambios reales en circunstancias difíciles.

Porque del campo comemos. Del campo dependemos. Y las autoridades parecen haberlo olvidado.

Pero hay personas que no olvidan. Que plantan árboles que tal vez nunca vean crecer completamente. Que siembran semillas que otros cosecharán. Que trabajan limpio aunque sea infinitamente más difícil.

Raíces profundas que sostienen al país aunque nadie las vea.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

Escribió esta novela en honor al campo mexicano que cada vez sufre más por falta de apoyo de autoridades que parecen haber olvidado que del campo comemos y del campo dependemos.

Las propuestas que plantea (sistemas silvopastoriles, modernización de distritos de riego, cooperativas autogestionadas, semillas de código abierto) no son ficción. Son soluciones técnicas, factibles y viables que ya funcionan en algunos lugares de México y el mundo.

Detalles de publicación

Título: Raíces profundas
Autor: Salvador Rangel Abud
Género: Ficción agrícola / Novela de propuestas / Realismo rural
Ambientación: Campo mexicano (Jalisco, Guanajuato, Oaxaca, Michoacán)
Período: 2027-2033
Protagonistas: Ana Lilia (ganadera), Sera (ingeniera), Sicarú (cafetalera), Armando (genetista)
Idioma: Español
Año de publicación: 2025

Nota del autor

Escribí esta novela porque el campo mexicano está muriendo.

No por sequías ni por cambio climático (aunque ambos existen). Muere por abandono institucional. Por autoridades que implementan programas diseñados para fracasar. Por subsidios que llegan tarde, mal y nunca. Por créditos que se vuelven deudas impagables. Por corrupción enquistada en cada nivel.

Pero también escribí sobre esperanza. Porque en cada rincón del campo hay personas haciendo milagros cotidianos con recursos mínimos y voluntad máxima.

Las propuestas que planteo son reales y factibles:

1. Sistemas silvopastoriles: Árboles entre ganado. No es invención mía. Funciona en Colombia, Costa Rica, Nicaragua. En México hay experiencias exitosas en Veracruz, Chiapas, Tabasco. Reduce estrés térmico del ganado, mejora producción, captura carbono, recupera suelos.

2. Modernización de distritos de riego: Tecnología existe. Sensores de flujo, compuertas automatizadas, medición digital. Problema no es técnico sino político. Caciques del agua se resisten a transparencia.

3. Cooperativas autogestionadas: Eliminar intermediarios que pagan miseria y venden caro. Mujeres rurales organizadas pueden exportar directamente. Ya sucede en café de Oaxaca, miel de Yucatán, amaranto de Puebla.

4. Semillas de código abierto: Genética agrícola no debe ser monopolio de corporaciones. Conocimiento debe ser patrimonio común. Armando Quintana es ficticio pero su filosofía es real: las semillas son de quien las siembra.

México puede alimentarse. Tiene tierra, agua, sol, tradición agrícola milenaria. Lo que falta es voluntad política para apoyar realmente al campo.

Esta novela es mi manera de recordar que del campo comemos todos. Y que abandonarlo es condenarnos.

Salvador Rangel Abud
2025

Licencia

Copyright © 2025 Salvador Rangel Abud. Todos los derechos reservados.

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Palabras clave

Campo mexicano, sistemas silvopastoriles, distritos de riego, cooperativas agrícolas, semillas de código abierto, ganadería sustentable, café orgánico, maíz resistente a sequía

---

Temas principales

- **Abandono del campo:** Autoridades que olvidan que del campo comemos
- **Propuestas técnicas factibles:** Soluciones reales que ya funcionan
- **Resiliencia rural:** Gente que persiste contra todo pronóstico
- **Corrupción agrícola:** Caciques del agua, intermediarios explotadores
- **Innovación desde abajo:** Campesinos resolviendo sin esperar gobierno
- **Balance honesto:** No todo funciona, pero algunos cambios son reales
- **Esperanza concreta:** Plantar árboles que otros cosecharán

---

Propuestas técnicas detalladas

SISTEMAS SILVOPASTORILES:

- Árboles: leucaena, guácima, parota
- Beneficios: sombra reduce temperatura del ganado 5-7°C, hojas con 25% proteína, forraje vivo cuando pasto muere

- Resultado: ganado más sano, mayor peso, mejor precio
- Evidencia: funciona en Colombia, Costa Rica, Nicaragua, Veracruz, Chiapas

MODERNIZACIÓN DE DISTRITOS DE RIEGO:

- Tecnología: sensores de flujo, compuertas automatizadas, medición digital
- Beneficios: eficiencia pasa de 42% a 83%, elimina robos, transparencia total
- Obstáculo: caciques del agua resisten transparencia
- Resultado: agua llega exactamente donde debe

COOPERATIVAS AUTOGESTIONADAS:

- Eliminar intermediarios que pagan $3/kg y venden a $300/kg
- Mujeres organizadas: tostado, empaquetado, comercialización directa
- Resultado: pagan $30/kg a productoras, exportan directamente
- Evidencia: café Oaxaca, miel Yucatán, amaranto Puebla

SEMILLAS DE CÓDIGO ABIERTO:

- Maíz Tláloc-1: produce con 30% menos agua
- Licencia abierta: gratuita, cualquiera puede sembrar
- Filosofía: semillas son patrimonio común, no monopolio corporativo
- Resultado: millones de hectáreas sembradas

Citas destacadas

"Los árboles no se comen. —No, pero dan sombra. Y la sombra salva ganado."

"Del campo comemos. Del campo dependemos. Y las autoridades parecen haberlo olvidado."

"Las semillas no se inventan. Se descubren en lo que ya existe."

"¿Cambió todo? No. ¿Cambió algo significativo? Sí. Y ese algo es suficiente para seguir intentando."

"No necesitamos milagros divinos. Necesitamos gente dispuesta a plantar árboles que tal vez nunca vea crecer."

"Las transformaciones no las hacen los programas gubernamentales. Las hacen las personas con sus decisiones diarias."

Recomendada para

- Ganaderos y agricultores buscando alternativas
- Ingenieros agrónomos y técnicos rurales
- Funcionarios de programas de desarrollo rural
- Personas interesadas en soberanía alimentaria
- Lectores de ficción agrícola realista

- Cualquiera que coma (es decir, todos)

Comparaciones literarias

John Steinbeck (*Las uvas de la ira*): Lucha del campo contra adversidad
Wendell Berry (ensayos agrícolas): Sabiduría rural, agricultura sustentable
Silvia Ribeiro (periodismo agrícola): Crítica a agroindustria, defensa de campesinos

---

Contexto de crisis agrícola mexicana

Problemas actuales:

- Campo mexicano abandona por autoridades
- Programas diseñados para fracasar
- Subsidios llegan tarde, mal, nunca
- Corrupción en todos niveles
- Intermediarios explotan a productores
- Jóvenes migran porque campo no da para vivir
- Sequías cada vez más severas
- Infraestructura de riego colapsada

Consecuencias:

- México importa alimentos que podría producir
- Soberanía alimentaria comprometida
- Pueblos rurales se vacían
- Conocimiento agrícola tradicional se pierde
- Dependencia de agroindustrias extranjeras

Para reflexión del lector

- ¿Por qué México importa maíz siendo cuna del maíz?
- ¿Son factibles las propuestas de la novela?
- ¿Qué pasaría si aplicáramos soluciones técnicas en lugar de políticas?
- ¿Cómo rescatar campo sin caer en paternalismo?
- ¿Puede México alimentarse a sí mismo?

Cómo citar esta obra

APA: Rangel Abud, S. (2025). *Raíces profundas*. Internet Archive.
MLA: Rangel Abud, Salvador. *Raíces profundas*. 2025. Internet Archive.

Mensaje final

Esta novela es urgente.

El campo mexicano se muere mientras autoridades hacen como que ayudan.

Programas sexenales que mueren antes de nacer. Subsidios que llegan tarde. Créditos que se vuelven deudas. Corrupción en cada nivel. Intermediarios que explotan. Infraestructura colapsada.

Pero también hay esperanza.

En cada rincón del campo hay personas haciendo milagros cotidianos:

Ganaderas como Ana Lilia plantando mil árboles con recursos mínimos.
Ingenieras como Sera enfrentando caciques del agua con datos y transparencia.
Cafetaleras como Sicarú organizándose para eliminar intermediarios.
Genetistas como Armando regalando semillas en lugar de venderlas.

Las soluciones existen. La tecnología existe. El conocimiento existe.

Lo que falta es voluntad política para implementarlas.

Y mientras esa voluntad no llega, hay personas con raíces profundas sosteniendo al país.

Plantando árboles que tal vez nunca vean crecer.
Sembrando semillas que otros cosecharán.
Trabajando limpio aunque sea más difícil.
Intentando aunque no haya garantías.

Porque del campo comemos todos.
Y abandonarlo es condenarnos.

Esta novela es homenaje a quienes no abandonan.
A quienes tienen raíces tan profundas que ni sequías ni abandono institucional pueden arrancarlas.

Del campo comemos. Del campo dependemos.

No lo olvidemos.

En honor al campo mexicano que nos alimenta
Y a las personas que lo sostienen contra todo pronóstico

RAÍCES PROFUNDAS

INDICE

Capítulo 1: "El último becerro"
Capítulo 2: "Agua que no has de beber"
Capítulo 3: "La asamblea dividida"
Capítulo 4: "La maquinaria aceitada"
Capítulo 5: "Semillas del tiempo"
Capítulo 6: "La mirada externa"
Capítulo 7: "Árboles entre el ganado"
Capítulo 8: "Café de luna llena"
Capítulo 9: "Compuertas abiertas"
Capítulo 10: "El cerco se cierra"
Capítulo 11: "Cruces imposibles"
Capítulo 12: "Entre el fracaso y el milagro"
Capítulo 13: "La cosecha del conocimiento"
Capítulo 14: "Cuentas pendientes"
Capítulo 15: "El distrito modelo"
Capítulo 16: "La cosecha de sombras"
Capítulo 17: "Raíces del cielo"
Capítulo 18: "Raíces profundas"

Capítulo 1

"El último becerro"

El polvo se levantaba con cada paso del ganado como una plegaria seca, una oración sin respuesta. Polvo fino, blanquecino, del color de los huesos viejos, que se adhería a la piel de Ana Lilia Palacios como ceniza de funeral y entraba en los pulmones sin pedir permiso, sin disculparse, llenando cada respiración con el sabor de la derrota. Desde el pretil del corral—el mismo pretil donde su padre la había sentado a los seis años para enseñarle a contar ganado—observaba los dieciséis becerros que quedaban del hato que alguna vez llegó a tener ochenta cabezas.

Dieciséis animales flacos, con las costillas marcadas bajo el cuero opaco como costuras mal hechas, moviendo la cola con un cansancio que ya ni siquiera era desesperación. Las moscas, gordas y lentas por el calor, apenas volaban. Se posaban en los ojos llorosos de los becerros y ellos ni siquiera tenían fuerzas para espantarlas. Ana Lilia conocía esa mirada. La había visto en el espejo últimamente.

Marzo de 2027 y no había llovido desde octubre. Ciento cuarenta y tres días contados en el calendario de la cocina, marcados cada mañana con una raya roja que se fue convirtiendo en una herida. El rancho El Encinal—que su abuelo había nombrado así en 1952 por los robles majestuosos que cubrían las lomas como un mar verde—ahora parecía un pedregal maldito, una promesa rota que el tiempo había convertido en burla.

Los encinos seguían ahí, antiguos como testigos mudos, pero con las ramas secas extendidas hacia un cielo que se había vuelto sordo. Ana Lilia pensaba a veces que los árboles eran como manos rogando, como dedos de ahogado buscando aire. El pasto estrella que antes crecía hasta la rodilla, tan tupido que sus hijos se perdían jugando entre él, ahora era tierra pelada con mechones amarillentos,

quemados, que el ganado masticaba sin convicción, sabiendo que no había alimento ahí, solo la costumbre de comer.

—Son cuatro mil quinientos por cabeza —dijo el intermediario con la voz plana de quien ha repetido esa frase demasiadas veces ese mes.

Se llamaba Toño Macías y compraba ganado para los rastros de Guadalajara desde hacía veinte años. Tenía una panza prominente que su camisa a cuadros apenas contenía y manos pequeñas, de oficinista, que contrastaban con su sombrero texano de ganadero. Conocía bien la desesperación de los ganaderos. La olía como los buitres huelen la carroña.

—Es lo que hay, doña Ana Lilia. Con la sequía todos están vendiendo. El precio está por los suelos. Por debajo de los suelos, si me permite.

Ana Lilia hizo cuentas mentales mientras sus dedos apretaban la madera del pretil hasta que las astillas se clavaron en la piel. Cuatro mil quinientos pesos por dieciséis becerros. Setenta y dos mil pesos. Dos meses de salario para un burócrata con aire acondicionado en la ciudad, pero aquí representaba un año entero de trabajo bajo el sol. Un año de levantarse antes del alba. Un año de revisar cercas. Un año de rezar por lluvia que nunca llegaba.

Y lo peor, lo que le dolía en algún lugar entre el pecho y el estómago donde habitan las cosas que no tienen nombre: esos becerros, en condiciones normales, valdrían el doble. Tal vez el triple. Pero las condiciones normales pertenecían a un mundo que ya no existía, a un clima que había decidido cambiar las reglas sin consultar a nadie.

—Hace dos años me pagaste ocho mil por becerros más chicos que estos —dijo sin mirarlo, con los ojos fijos en el ganado, porque si lo miraba a él tendría que reconocer su propia derrota reflejada en sus ojos.

—Hace dos años llovía, doña Ana Lilia. Hace dos años había pasto. Ahora mire nomás. Mire y dígame si no tengo razón.

Toño Macías no mentía y ese era el problema. El hombre se ganaba la vida comprando barato y vendiendo caro, pero no era un ladrón. Era simplemente un engrane más de una maquinaria inmensa que trituraba a los pequeños ganaderos, que los masticaba como el ganado masticaba el pasto muerto: sin ganas, solo porque no había otra opción. Ana Lilia lo sabía. Lo había sabido desde niña. Lo supo el día que su padre vendió las últimas vacas antes de morirse, con los ojos húmedos y las manos temblando.

Desde la casa bajó Claudia con una jarra de agua fresca que sudaba condensación y dos vasos que tintineaban contra el vidrio. Tenía quince años recién cumplidos y el mismo gesto serio de su madre, esa expresión de mujer que ha aprendido demasiado pronto que la vida no regala nada. No preguntó nada porque ya sabía lo que estaba pasando. Sirvió el agua con movimientos precisos, mecánicos, y volvió a subir sin decir palabra, sus huaraches levantando pequeñas nubes de polvo. Había aprendido que cuando su madre negociaba, era mejor desaparecer, hacerse invisible como el viento.

—¿Cuándo los pasas a recoger? —preguntó Ana Lilia después de beber. El agua sabía a tierra, a tubería vieja, a esperanza diluida.

—Mañana temprano, si me da el sí ahorita. Traigo el camión desde Arandas y no puedo andar dando vueltas. El diésel está caro y el tiempo es dinero, usted sabe.

Ana Lilia iba a responder—iba a decir que sí porque ¿qué otra opción tenía?—cuando escuchó el motor de una camioneta subiendo por el camino de terracería. El sonido llegó antes que la polvareda, ese rugido de motor forzado que anuncia visitas inesperadas. Una pick-up blanca, demasiado limpia para estas tierras, con el logotipo de la Agencia Nacional de Desarrollo Rural Integral pintado en las puertas. ANDRI.

Otro programa gubernamental, pensó Ana Lilia con ese cansancio que ya no es físico sino del alma. Había visto docenas desde que enviudó hace seis años y se quedó sola al frente del rancho, desde que el accidente de la camioneta le arrebató a Miguel y la dejó con dos hijos, ochenta hectáreas y ninguna idea de cómo sobrevivir. Todos los programas prometían lo mismo: apoyos que nunca llegaban, créditos que se convertían en deudas, tecnología que no funcionaba en tierra seca. Todos terminaban igual: formularios eternos que olían a burocracia, requisitos imposibles diseñados para que nadie calificara, dinero que existía solo en el papel y en los discursos de políticos.

De la camioneta bajó una mujer joven, tal vez de treinta y tantos años, con botas de campo que aunque limpias mostraban el desgaste de quien las usa, no de quien las compra para parecer campesina. Llevaba una carpeta bajo el brazo y jeans manchados de tierra vieja. Se acercó quitándose los lentes oscuros y Ana Lilia notó que tenía callos en las manos. Eso le gustó. Odiaba a los técnicos con manos suaves.

—¿Doña Ana Lilia Palacios?

—La misma. ¿Y usted?

—Ingeniera Daniela Cervantes, de ANDRI. Vengo a hablarle sobre el programa de modernización ganadera.

Toño Macías se removió incómodo, limpiándose el sudor del cuello con un pañuelo que antes fue blanco, como quien sabe que su presencia ya no es necesaria, que el momento se le escapa de las manos.

—Doña Ana Lilia, ya sabe dónde encontrarme. Mi oferta queda hasta mañana al mediodía. Ni un minuto más —dijo, y se fue caminando hacia su camioneta vieja estacionada cerca del portón, levantando polvo con cada paso de sus botas vaqueras de imitación.

Daniela esperó a que el intermediario se alejara lo suficiente antes de hablar, con esa intuición de quien sabe que las conversaciones importantes necesitan privacidad.

—Sé que está por malbaratar su ganado —dijo sin preámbulos, sin suavizar las palabras—. También sé que lleva veintitrés años trabajando este rancho y que antes que usted lo trabajó su padre durante cuarenta años más. No vine a

ofrecerle limosna ni a llenarle la cabeza de promesas vacías. Vine a mostrarle algo que funciona. Algo real.

Ana Lilia la midió con la mirada, con ese escáner interno que toda mujer del campo desarrolla para distinguir entre los que saben y los que fingen saber. La ingeniera no tenía el aire de burócrata de escritorio, ese olor a papel y café instantáneo. Las botas, aunque limpias, estaban gastadas en los lugares correctos. Las manos mostraban callos en la base de los dedos, donde se forman cuando usas herramientas. Y hablaba sin ese tonito condescendiente que tanto odiaba de los técnicos de ciudad, esa manera de explicar las cosas como si ella fuera una niña que no entiende nada.

—¿Qué es lo que funciona? —preguntó finalmente, permitiéndose una chispa de curiosidad que intentó sofocar de inmediato.

—Sistemas silvopastoriles. Árboles entre el ganado. Menos agua, más producción, ganado más sano y pesado. Tengo un rancho a cuarenta minutos de aquí, en Tepatitlán, que lleva dos años con el sistema completo. El ganadero está vendiendo becerros a ocho mil pesos la cabeza. En plena sequía. Con menos agua que usted.

—Los árboles no se comen —dijo Ana Lilia, repitiendo las palabras exactas que su padre le había dicho hace veinte años cuando ella le sugirió plantar más árboles.

—No, pero dan sombra. Y la sombra baja la temperatura del ganado entre cinco y siete grados. Y el ganado estresado por calor come menos, engorda menos, se enferma más, produce menos. Además, los árboles que usamos—leucaena, guácima, parota—tienen hojas con alto contenido proteico, hasta veinticinco por ciento. El ganado las come. Son forraje vivo que crece cuando el pasto ya murió.

Ana Lilia guardó silencio, sintiendo algo moverse dentro de ella. Había escuchado cosas parecidas antes, en ferias ganaderas, en pláticas de técnicos. Siempre sonaban bien en el papel, en los folletos con fotos de ranchos perfectos que parecían más postales que realidad. Luego venía la verdad: el clima que no cooperaba, las plagas que nadie había mencionado, los costos que se triplicaban, la burocracia que devoraba todo.

—¿Y cuánto cuesta ese milagro? Porque siempre hay un costo.

—El programa subsidia el setenta por ciento de la inversión inicial. Usted pone el treinta por ciento y el trabajo. Pero no tiene que decidir ahorita, en este momento. Solo le pido una cosa: que me acompañe mañana a Tepatitlán. Vea el rancho con sus propios ojos. Hable con el ganadero. Toque los árboles. Cuente el ganado. Si después decide vender sus becerros y olvidarse del asunto, es su decisión y la voy a respetar. Pero al menos véalo. Mire lo que es posible.

Ana Lilia dirigió la mirada hacia el corral. Los dieciséis becerros seguían ahí, flacuchos, con las costillas contándose solas, masticando polvo porque ya no había pasto que masticar. Miró hacia las lomas peladas donde su abuelo le había enseñado a montar, donde había galopado de niña entre los encinos cuando todo era verde. Miró la casa de adobe donde había nacido hace cuarenta y dos años, donde nacieron Claudia y Domingo, donde enterró a Miguel después del

accidente, donde su padre había muerto en esa cama que ahora era suya, pidiéndole que no vendiera el rancho, que lo mantuviera vivo.

Por un momento, Ana Lilia se vio a sí misma dentro de diez años: sin rancho, sin ganado, trabajando en alguna tienda en la ciudad, viviendo en un departamento pequeño donde sus hijos crecerían sin conocer la tierra, sin saber de dónde viene la comida, sin raíces. La imagen le dolió más que cualquier sequía.

—¿A qué horas pasas por mí? —preguntó, sorprendiéndose a sí misma.

—A las siete. Antes de que caliente el sol y nos cocine vivas.

Daniela extendió la mano. Ana Lilia se la estrechó. La ingeniera tenía un apretón firme, de mujer acostumbrada a que la tomen en serio, a que no le crean solo porque es mujer, a demostrar su valía dos veces más que cualquier hombre.

Cuando la camioneta blanca se perdió en la polvareda del camino, dejando una estela que tardó minutos en asentarse, Ana Lilia subió a la casa. Claudia la esperaba en la cocina, pelando papas sobre una palangana de peltre, con movimientos precisos que había aprendido de pequeña.

—¿Vas a vender los becerros, mamá?

—Todavía no sé, mija. Todavía no sé nada.

—Don Fermín dice que estás loca si no los vendes. Dice que con esta sequía es mejor tener dinero en la mano que ganado muerto en el corral. Dice que el que espera demasiado se queda sin nada.

Don Fermín Orozco, el vecino, tenía sesenta y ocho años criando ganado en estas tierras. Sabía de lo que hablaba. Tenía el conocimiento que dan las décadas de observar el cielo, de leer las nubes, de sentir la tierra. Pero Ana Lilia también sabía que don Fermín había vendido la mitad de su hato el año pasado y la otra mitad hacía tres meses. Ahora tenía dinero en el banco—dinero que cada día valía menos—y ningún becerro que vender el año entrante. Ningún futuro que no fuera gastarse lentamente ese dinero hasta que se acabara.

—Mañana voy a Tepatitlán a ver un rancho —dijo Ana Lilia, limpiándose las manos en el delantal—. ¿Quieres venir conmigo?

Claudia dejó de pelar papas y miró a su madre con esos ojos cafés enormes que había heredado de su difunto padre, ojos que guardaban preguntas que todavía no sabía formular.

—¿De veras? ¿Me llevas?

—De veras. Pero hay que salir a las siete de la mañana.

—Voy a estar lista a las seis y media. Te lo prometo.

Esa noche, Ana Lilia no pudo dormir. Se quedó sentada en el portal, en la mecedora que fue de su abuela, mirando las estrellas sobre las lomas secas. Había tantas estrellas. Miles, millones, una infinidad de luces que le recordaban que ella era pequeña, que sus problemas eran pequeños, que la sequía era apenas un parpadeo en el tiempo largo del universo. Pero sus problemas no se sentían pequeños. Se sentían enormes, aplastantes, como una piedra sobre el pecho.

Desde algún lugar en la oscuridad llegaba el mugido lastimero de un becerro. Tal vez tenía sed. Tal vez hambre. O tal vez solo sentía lo mismo que ella: ese miedo antiguo como la agricultura misma, ese miedo que los campesinos llevan en la sangre desde que el primer humano plantó la primera semilla, ese pánico primitivo que llega cuando la tierra deja de responder, cuando el cielo se cierra como una puerta, cuando los viejos métodos ya no alcanzan y no hay nuevos métodos a la vista.

Pero había algo más en ese insomnio, algo que no se atrevía a nombrar. Una chispa pequeña, casi imperceptible, fácil de confundir con imaginación. Curiosidad. Esperanza. Ganas de creer que tal vez, solo tal vez, alguien en algún lugar cercano había encontrado la manera de hacer que el campo volviera a dar fruto.

Mañana sabría si era verdad o solo otra promesa rota más.

Por ahora, los becerros seguían en el corral, respirando, viviendo.

Y ella seguía siendo dueña de El Encinal.

Por ahora.

Pero en sus sueños esa noche—cuando finalmente se durmió en la mecedora pasadas las tres de la madrugada—vio árboles. Miles de árboles creciendo donde ahora había solo polvo. Y bajo esos árboles, ganado gordo, ganado sano, ganado que la miraba con ojos que no conocían el hambre.

No sabía si era un sueño o una profecía.

O tal vez, pensó al despertar con el cuello adolorido, era solo la última esperanza de una mujer que se negaba a rendirse.

Todavía.

Capítulo 2 "Agua que no has de beber"

El Distrito de Riego 011 Alto Río Lerma tenía nombre de institución seria, pero las oficinas olían a humedad y las paredes mostraban mapas amarillentos. Serafín Sandoval—Sera para los que lo conocían—llevaba doce años viendo pasar funcionarios y presupuestos. Doce años viendo cómo el agua se iba para las ciudades mientras los campesinos peleaban por las sobras.

Enero de 2027. Afuera hacía frío, ese frío seco del Bajío que pela la piel. Adentro, en la oficina del director, hacía calor. Esteban Vargas había encendido el calentón eléctrico y el aire viciado olía a café viejo y tabaco.

—Es la oportunidad de tu vida, Sera. Dos mil ochocientos millones para modernizar el distrito. Tres años de proyecto. Tú vas a coordinar todo.

Sera conocía bien a Esteban Vargas. Cincuenta y dos años, treinta en la Comisión Nacional del Agua. Un hombre que sabía exactamente dónde termina la ley y empieza el negocio.

—¿Y cuál es el arreglo? —preguntó Sera sin rodeos.

Vargas sonrió. Depredador que reconoce a otro depredador.

—El de siempre. Proveedores certificados, precios preferenciales, facturas que cuadran. Obras que se hacen más o menos. Tú te encargas de los papeles. Yo de las relaciones políticas. Anselmo Velázquez de los proveedores. Repartimos en tres partes iguales.

—¿Cuánto estamos hablando?

—Si lo trabajamos bien, trescientos millones limpios. Cien para cada quien. En tres años.

Cien millones de pesos. Sera hizo cuentas. Su sueldo era de veintitrés mil mensuales. En tres años ganaría menos de un millón. Cien millones era el sueldo de toda una vida. La casa nueva que Alma soñaba. La universidad privada para los niños.

—¿Y si nos cachan?

Vargas soltó una carcajada.

—Llevo treinta años en esto. La clave es no ser ambicioso. Haz las obras, aunque mal. Instala los sistemas, aunque de segunda. Los campesinos están tan jodidos que cualquier cosa les parece un milagro. Los auditores vienen, ven tubos y aspersores, firman y se van. Nadie revisa si funcionan. Todos están en el mismo juego.

Sera guardó silencio. Había visto el esquema funcionar docenas de veces. Campesinos contentos con migajas. Políticos en fotos. Auditores cobrando su parte por mirar al otro lado.

—Dame dos días para pensarlo.

—No hay mucho que pensar. O estás adentro o afuera. Tú decides.

Sera salió con náusea en la boca. Subió a su camioneta, una Nissan del 2015 con doscientos mil kilómetros, y arrancó hacia Celaya. Cuarenta minutos para pensar. Para calcular. Para justificar.

Alma lo esperaba con la comida lista. Llevaban catorce años casados y ella había aprendido a leerlo. Ese día traía la cara de quien carga un peso.

—¿Qué pasó?

—Me dieron un proyecto grande. Modernización del distrito. Dos mil ochocientos millones.

—¿Y eso es malo?

Sera revolvió el caldo sin ganas.

—Va a ser complicado. Mucha responsabilidad.

Alma tenía siete meses de embarazo.

—¿Vas a andar más estresado?

—Probablemente.

—Pero te van a pagar más, ¿no?

—Sí, va a haber compensaciones.

No le dijo cuánto ni cómo. Alma era maestra de primaria, ganaba once mil al mes, se levantaba a las cinco. Era honesta. Creía en las reglas. Si le contaba el arreglo, Sera sabía lo que diría. Y no quería escucharlo.

Esa noche no pudo dormir. Su cabeza era una calculadora descompuesta: cien millones de un lado, treinta años de cárcel del otro. La casa nueva contra la celda.

A las dos de la madrugada llegó un mensaje de Vargas: "Mañana viene gente de ANDRI. Necesito saber si estás adentro o afuera."

Sera no contestó.

Al día siguiente llegó temprano. Vargas acomodaba sillas. A las nueve llegó una camioneta blanca. Bajó una mujer joven con maletín y tablet.

—Ingeniera Jacinta Morales, de ANDRI. Vengo a explicarles el sistema de monitoreo del proyecto.

Se presentó con apretón firme. Vargas y Sera intercambiaron miradas. Sistema de monitoreo. Eso no estaba en el plan.

Jacinta proyectó su presentación.

—Cada equipo tendrá un código QR vinculado a GPS. Cada aspersor, cada metro de tubería. Los beneficiarios podrán escanear el código y verificar que el equipo es el que dice ser. No copias piratas, no equipos de segunda. Todo certificado.

—Eso va a encarecer la operación —dijo Vargas controlado.

—Al contrario. Al comprar directo a fabricantes, sin intermediarios, el costo baja treinta por ciento. Además, los campesinos tendrán una aplicación donde reportan si el equipo funciona. Si hay fallas, alerta automática. Contraloría social digital.

Sera sintió la boca seca.

—¿Quién va a monitorear todo eso?

—Yo. Voy a estar aquí tres años. Vivo en Celaya desde la semana pasada. Mi trabajo es garantizar que cada peso se gaste como debe.

Silencio denso. Vargas miraba a Jacinta con odio. Sera miraba sus manos. Manos que habían firmado cientos de documentos falsos en doce años.

—Necesito que confirmen si están dentro o prefieren que busquemos otro equipo. ANDRI solo trabaja con gente comprometida.

Vargas iba a hablar pero Sera lo interrumpió:

—Yo estoy dentro.

—¿Tú estás dentro de qué, Sera?

—Del proyecto. Como debe ser. Con monitoreo, con transparencia, con todo.

Jacinta sonrió.

—Perfecto. Empezamos la semana que entra.

Cuando se fue, Vargas aventó una carpeta.

—¿Qué chingados hiciste?

—Mi trabajo.

—Tu trabajo era agarrar el dinero y callarte.

—Ese era TU trabajo, Esteban. El mío es hacer que el agua llegue a donde tiene que llegar.

—Te vas a arrepentir. Esa niña idealista va a durar dos meses. Y tú vas a quedar como el pendejo que dejó ir cien millones.

Sera salió sin contestar. Afuera hacía frío. Olía a tierra mojada. Había llovido en la madrugada, una lluvia ligera que no alcanza para nada pero refresca.

Subió a su camioneta y se quedó sentado sin arrancar. Sacó su celular.

—¿Alma?

—¿Qué pasó, amor? ¿Estás bien?

—Sí. Solo quería decirte que te quiero.

Alma soltó una risita.

—¿Nada más para eso me hablas? Estoy en clase.

—Nada más para eso. Regreso a comer.

Colgó. Arrancó. Y por primera vez en doce años, Serafín Sandoval sintió algo parecido al alivio.

Tal vez no iba a tener los cien millones.

Pero tampoco iba a tener que dormir con el peso de haberlos robado.

Capítulo 3 "La asamblea dividida"

La niebla bajaba de la montaña como animal hambriento, devorando primero los cerros lejanos, luego los cafetales, hasta lamer las paredes de adobe de San Mateo Yucucuí. Sicarú Molotla de Canul despertó antes del amanecer —como siempre—, y por un momento se quedó inmóvil bajo la cobija raída, escuchando la respiración áspera de Rufino. Olía a mezcal rancio y a fracaso. Había vuelto pasada la medianoche, tropezando con la mesa, maldiciendo en voz baja. Ella fingió dormir. Después de veinte años, ya sabía que algunas batallas no se pelean de noche.

Se levantó descalza. Las tablas del piso crujieron bajo sus pies agrietados. Febrero de 2027 y el frío se metía por cada rendija como reproche. Salió al patio y miró hacia los cafetales que trepaban por la ladera. Los cerezos empezaban a madurar: manchas rojas entre el verde oscuro, pequeñas promesas que se cumplirían a medias. Como siempre.

Tres pesos el kilo. Eso pagaban los coyotes por el café cereza. El mismo café que en la ciudad se vendía tostado, molido y empacado en bolsas con nombres extranjeros a doscientos pesos. Sicarú conocía las matemáticas de la injusticia de memoria. Las había aprendido cortando bajo el sol, despulpando con las manos

hinchadas, secando en patios de cemento cuarteado mientras los hombres se iban al norte o al mezcal.

Encendió el fogón de leña y puso a calentar agua. El humo subió perezoso, enroscándose en las vigas del techo. Su café. El que ella misma había cosechado. Negro y amargo como sus pensamientos.

Afuera, el pueblo empezaba a despertar. Voces lejanas. Perros ladrando. El campanario de la iglesia con su reloj detenido en las tres y media desde el temblor del 81. A las ocho empezarían a llegar los comuneros al salón ejidal. Asamblea extraordinaria. Venía gente de la capital a proponer algo. Palabras nuevas: cooperativas, certificación orgánica, comercio justo. Palabras que sonaban bien en el papel y se estrellaban contra la costumbre.

Sicarú se vistió con su mejor huipil —el de flores bordadas que le había regalado su madre antes de morir— y se recogió el pelo en un chongo apretado. Rufino seguía roncando, la boca abierta, un hilo de baba en la comisura. No lo despertó. Él iría más tarde. O no iría. Daba igual.

Caminó hacia el salón ejidal entre calles de tierra donde las gallinas picoteaban y los niños corrían descalzos. Saludó con la cabeza a Dominga, que barría su portal. A Petrona, que cargaba leña. A Marisela, que lavaba ropa en una tina de lámina. Las tres le devolvieron el saludo. Las tres sabían lo que Sicarú iba a proponer. Las tres tenían miedo.

El salón ejidal olía a humedad y a tiempo detenido. Paredes de concreto sin pintar, techo de lámina, bancas de madera carcomida. Ya había gente adentro. Los hombres se acomodaban adelante, ocupando las mejores sillas. Las mujeres atrás, cerca de la puerta, listas para salir corriendo si los niños lloraban o si el nixtamal se quemaba.

Sicarú entró y caminó hasta la tercera fila. Adelante. No atrás. Se sentó sola, con la espalda recta, las manos sobre las rodillas, la mirada fija en el frente. Sintió los ojos de los hombres clavándose en su nuca. Dejó que miraran. Que murmuraran. Ya estaba acostumbrada.

El comisario Tranquilino López llegó a las ocho y media. Gordo, con bigote ralo y camisa a cuadros demasiado apretada. Tocó la campana de bronce —tres golpes secos— y el murmullo se apagó.

—Buenos días. Estamos aquí porque nos visitó la licenciada Lucrecia Popoca, de la Agencia Nacional de Desarrollo Rural Indígena. ANDRI. Ella va a explicar el programa.

Lucrecia tenía treinta y un años y cara de quien ha dormido poco. Mestiza, con acento suave de ciudad y ropa que gritaba "nunca he cortado café bajo el sol". Pantalones de mezclilla oscuros, blusa blanca, zapatos que no servirían para caminar en lodo. Pero cuando habló, su voz cortó el aire con filo.

—Vengo a proponerles algo que parece complicado pero es sencillo: que procesen su propio café. Que lo tuesten, lo muelan, lo empaquen y lo vendan directo. Sin intermediarios. Sin coyotes que se queden con ochenta por ciento de lo que vale su trabajo.

Murmullo en el salón. Miradas intercambiadas. Tranquilino levantó la mano como maestro de primaria.

—Nosotros no sabemos hacer eso, licenciada. Cortamos y vendemos. Así ha sido desde que tengo memoria. Desde que mis padres tenían memoria.

—Por eso estamos aquí —respondió Lucrecia sin pestañear—. Para capacitarlos. Para conseguirles equipos. Tostadoras, molinos, empacadoras. Y para conectarlos con compradores en la ciudad, en el extranjero incluso, que pagan cinco, seis veces más por café de calidad.

Otro murmullo, este más interesado. Cinco veces más era carne los domingos. Era mandar a los hijos a la prepa. Era dejar de rezarle a San Isidro para que la cosecha alcanzara.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó alguien desde atrás. Voz desconfiada, curtida.

—El programa subsidia el ochenta por ciento. Ustedes ponen el veinte, pero en trabajo, no en efectivo. Lo que sí necesitan es organizarse. Formar una cooperativa. Certificarse como orgánicos. Llevar registros. Trabajar juntos.

Esas dos últimas palabras cayeron como piedras en agua quieta. Trabajar juntos. En un pueblo donde cada familia guardaba celos de su parcela, donde las peleas por linderos duraban generaciones, la cooperativa sonaba a utopía o a condena.

Sicarú levantó la mano.

El salón se silenció. Tranquilino la miró con molestia mal disimulada, pero no podía ignorarla. No después de que ella había parado sola frente al ayuntamiento cuando quisieron cortar el agua del manantial. No después de que ella había caminado tres días para denunciar al maestro que golpeaba a los niños. No después de que ella había enterrado sola a su primer hijo mientras los hombres estaban en Estados Unidos.

—Diga, Sicarú.

—Propongo que la cooperativa sea solo de mujeres.

El revuelo fue inmediato. Los hombres se miraban entre sí, incrédulos. Las mujeres, atrás, contenían la respiración. Algunas bajaron la mirada. Otras la sostuvieron, con miedo y esperanza mezclados.

—¿Por qué solo mujeres? —preguntó Tranquilino. Su voz ya no fingía paciencia.

Sicarú se puso de pie. Lentamente. Saboreando el silencio que creaba su movimiento.

—Porque somos nosotras las que cortamos el café cuando los hombres se van al norte. Nosotras las que despulpan hasta que las manos sangran. Nosotras las que secan, limpian y ensacan. Los hombres cortan cuando quieren, se van cuando quieren, gastan en mezcal cuando quieren. Nosotras estamos aquí. Siempre. En la sequía y en la helada. En la cosecha buena y en la mala. Nosotras somos el café.

Eusebio Martínez se levantó como resorte. Tenía las cinco hectáreas más productivas y la lengua más filosa.

—Eso es una falta de respeto, Sicarú. Las mujeres ayudan, eso nadie lo niega. Pero el café es trabajo de hombres. Siempre lo ha sido.

—Ayudamos porque ustedes nos dejan —respondió Sicarú sin alzar la voz, lo cual la hacía más peligrosa—. Pero el trabajo lo hacemos nosotras. Pregúntenles a sus esposas cuántas horas pasan en el cafetal. Pregúntenle cuántas veces han faltado a la cosecha. Pregúntenle quién mantiene vivo el cafetal cuando ustedes están lejos.

Otro hombre se levantó. Luego otro. Los gritos se cruzaron como machetes. "Las mujeres no saben de negocios". "Es cosa de hombres". "Se van a estrellar". Lucrecia intentaba calmar pero su voz se perdía en el vendaval. Tranquilino tocaba la campana sin conseguir silencio. El salón era un gallinero alborotado.

La puerta se abrió con un golpe seco.

Entró Yásnaya Canul. Veintitrés años, delgada como junco, con lentes gruesos que la hacían parecer búho joven. Mochila al hombro, jeans rasgados, sudadera de universidad. Venía desde la Ciudad de México, donde estudiaba antropología. Ocho horas en autobús nocturno. Había llegado esa madrugada y no había dormido.

—Perdón por llegar tarde —dijo con voz clara, sin gritar—. Vine a apoyar a mi mamá.

Su presencia encendió otro fuego. Yásnaya era la traidora. La que se fue a la ciudad. La que hablaba con acento raro. La que ya no rezaba en zapoteco. La que había cambiado el huipil por pantalones. La que estudiaba en lugar de parir.

—Tú aquí no pintas nada, chamaca —dijo Eusebio escupiendo las palabras—. Te fuiste. Ya no eres de aquí. Vienes de visita como turista.

—Soy más de aquí que tú —respondió Yásnaya sin pestañear, fría como cuchillo —. Mi zapoteco es mejor que el tuyo. Mi ombligo está enterrado en esta tierra, como el tuyo. Y mi bisabuela sembró el primer cafeto de tu parcela. No me vengas a decir quién soy.

Eusebio dio un paso hacia ella. Yásnaya no retrocedió. Midieron sus miradas como gallos antes de pelea.

Sicarú sintió un nudo en la garganta que le cortaba el aire. Su hija. Peleando la misma batalla. Cargando la misma rabia. Pagando el mismo precio.

Pero la batalla estaba perdida. Los números no mentían. Los hombres no iban a ceder un centímetro. Las mujeres miraban al suelo, salvo tres: Dominga, Petrona y Marisela. Solo ellas sostenían la mirada. Solo ellas no temblaban.

Tranquilino golpeó la mesa con el puño.

—¡Ya basta! Vamos a votar y se acabó. Los que estén de acuerdo con entrarle al programa de la cooperativa, levanten la mano.

Manos titubeantes se alzaron. Sicarú contó. Cuarenta y tres de ochenta.

—Los que estén de acuerdo con que la cooperativa sea solo de mujeres.

Veintiséis manos. Todas de mujeres. Dos de hombres jóvenes que miraban al suelo, avergonzados de su valentía.

—No hay acuerdo —sentenció Tranquilino con satisfacción mal disimulada—. Asamblea suspendida. Volveremos cuando haya algo claro. Si es que volvemos.

La gente empezó a salir. Algunos murmurando. Otros riendo. Las mujeres apuradas, jalando a los niños. Los hombres agrupándose afuera a comentar lo ocurrido, a reírse de "las locas que se creen empresarias".

Sicarú se quedó sentada. Las piernas no le respondían. No de cansancio sino de furia contenida. Yásnaya se acercó y le puso la mano en el hombro. Una mano pequeña, suave, que todavía no conocía la áspera realidad del cafetal.

—Lo intentaste, mamá.

—Intentar no alcanza, mija. Nunca alcanza.

Lucrecia guardaba sus papeles en un portafolio desgastado. Decepcionada pero no sorprendida. Había visto la misma obra en diez pueblos.

—¿Qué sigue, licenciada? —preguntó Sicarú sin levantar la voz.

—Que ustedes decidan. El programa no obliga a nadie. Si quieren formar la cooperativa solo con las que estén dispuestas, adelante. No necesitan permiso de la asamblea. Solo necesitan ganas de trabajar y aguantar lo que viene.

—¿Qué es lo que viene?

—Burlas. Boicot. Que sus maridos les prohíban. Que los coyotes no les quieran comprar. Que el comisario les niegue permisos. Que el cura hable mal de ustedes desde el púlpito. Eso es lo que viene.

Sicarú sonrió sin alegría.

—Eso ya lo vivimos todos los días. No es nada nuevo.

Afuera, bajo el cielo gris de febrero, esperaban Dominga, Petrona y Marisela. Tres mujeres de manos callosas y ojos cansados.

—¿Ustedes le entran? —preguntó Sicarú sin rodeos.

Las tres asintieron. Sin dudar. Sin medir consecuencias.

—¿Y las demás?

—Tienen miedo —dijo Dominga—. Pero cuando vean que funciona, van a querer entrarle. Siempre es así.

Sicarú subió sola por el camino lodoso hacia la casa de Delfina Bacab. La curandera vivía en la cima del cerro, rodeada de plantas medicinales que crecían en latas viejas y macetas rotas. Cincuenta y seis años, pelo blanco como nubes, manos nudosas de tanto amasar hierbas y dolor ajeno.

Delfina la vio llegar desde lejos. Preparó té de hierbabuena sin preguntar nada. Sabía leer el silencio como quien lee el cielo antes de la tormenta.

Se sentaron en dos sillas de plástico agrietadas, mirando el valle donde San Mateo Yucucuí se encogía bajo la niebla.

—No sé si pueda, Delfina —dijo Sicarú después de un largo silencio—. Somos pocas. Los hombres van a poner trabas. Rufino va a sentirse menos. El comisario va a negarnos todo. Y si fracasamos, voy a quedar como la loca del pueblo. Ya lo soy. Pero voy a quedar como la loca que además arrastró a otras.

Delfina sopló su té. El vapor subió entre sus manos como pequeño fantasma.

—¿Sabes cuántas veces sembramos el café antes de que diera fruto?

—No.

—Tres. Las primeras dos veces se murió. Helada. Plaga. Nadie se acuerda ya. Pero a la tercera siembra pegó. Y lleva cien años dando. Tú vas a sembrar algo nuevo, Sicarú. Tal vez esta sea la primera siembra. Tal vez tengas que sembrar tres veces, cinco, diez. Pero si no intentas, nunca va a pegar. Y va a seguir todo igual hasta que nos muramos y nuestras hijas ocupen nuestro lugar en la miseria.

Sicarú terminó su té. Amargo. Como todo. Pero caliente.

Bajó a su casa cuando el sol ya se ocultaba. Rufino estaba despierto en el portal, sentado en una silla de palo, mirando la nada. No había ido a la asamblea. No preguntó qué había pasado. Ya lo sabía. Todo el pueblo lo sabía.

—¿Qué pasó en la asamblea? —preguntó al fin, sin mirarla.

—Vamos a formar una cooperativa de mujeres. Para procesar el café. Para venderlo directo.

Rufino la miró como quien ve a una loca o a una traidora. Tal vez ambas.

—¿Ustedes solas?

—Nosotras solas.

—Se van a estrellar. No saben de negocios. No saben de máquinas. Van a perder todo.

—Puede ser —respondió Sicarú con calma mortal—. Pero va a ser nuestro estrellón, no el de ustedes. Va a ser nuestra derrota o nuestra victoria. Pero nuestra.

Rufino escupió al suelo y entró sin decir más. La puerta se cerró con un golpe que hizo temblar las paredes de adobe.

Sicarú se quedó afuera, mirando los cafetales que trepaban por la montaña. La niebla volvía a bajar, borrando los límites entre la tierra y el cielo.

Esa tarde tocó en cinco casas. En tres le cerraron la puerta. En dos dijeron que sí, pero con miedo en los ojos. Al anochecer tenía siete nombres. Siete mujeres dispuestas a sembrar algo nuevo. Siete mujeres que tal vez fracasaran. Pero siete mujeres que al menos lo intentarían.

Cuando Yásnaya se iba al día siguiente —autobús de las seis de la mañana, todavía oscuro—, Sicarú la abrazó en la parada. Un abrazo largo, apretado, que decía todo lo que las palabras no podían.

—Gracias por venir, mija.

—Siempre voy a venir cuando me necesites, mamá. Aunque tenga que caminar. Siempre.

El autobús llegó envuelto en su propia nube de humo negro. Yásnaya subió y se perdió en la curva, de regreso a su mundo de libros y aulas donde nadie cortaba café.

Sicarú caminó de regreso al pueblo. Pasó por el salón ejidal con las sillas acomodadas, vacío como promesa rota. Pasó por el cafetal donde los cerezos seguían madurando, indiferentes a las batallas humanas. Pasó por su casa donde Rufino roncaba de nuevo su borrachera.

Siete mujeres.

Era un inicio.

Tal vez no alcanzara.

Probablemente no alcanzara.

Pero era un inicio.

Y en tierra tan seca, hasta la semilla más pequeña cuenta.

Capítulo 4 "La maquinaria aceitada"

La oficina del subsecretario estatal de Desarrollo Rural tenía vista a la plaza principal. Desde el tercer piso se veía el kiosco, los laureles podados, los viejitos alimentando palomas. Hernando Valadez Visconti llevaba quince años mirando esa misma vista. Quince años viendo pasar gobernadores, secretarios, programas. Quince años construyendo lo que él llamaba "el sistema".

No era el único sistema. Había uno para cada ramo: salud, educación, obra pública. Pero el de desarrollo rural era particularmente elegante porque nadie vigilaba de cerca. Los campesinos no tenían abogados. Los periodistas no cubrían el campo. Y los auditores llegaban años después, cuando las huellas ya estaban borradas.

Marzo de 2027. Afuera el sol pegaba duro. Adentro, el aire acondicionado mantenía la oficina a dieciocho grados. Hernando revisaba los documentos que Anselmo Velázquez acababa de traerle. Facturas proforma de cuarenta tractores modelo 2026, cada uno con valor de seiscientos mil pesos. Total: veinticuatro millones.

—¿Los tractores existen? —preguntó sin levantar la vista.

—Claro que existen. En China. Los vamos a comprar por doscientos mil cada uno. Usados, del 2018, pero funcionan. Los campesinos ni van a notar la diferencia.

Hernando hizo cuentas. Cuarenta tractores a doscientos mil: ocho millones de inversión real. Facturados a seiscientos mil: veinticuatro millones. Diferencia: dieciséis millones. Menos comisiones, quedaban catorce millones limpios.

Catorce millones. Era más de lo que su padre había ganado en toda su vida trabajando como maestro rural. Hernando recordaba las vacaciones de su infancia: nunca salieron del estado porque no había dinero para hoteles. Recordaba a su madre remendando la misma ropa año tras año. Recordaba la

vergüenza de llegar a la universidad en autobús mientras sus compañeros llegaban en coche.

Nunca más, se había prometido entonces. Y había cumplido.

—¿Y la semilla certificada?

Anselmo sacó otra carpeta.

—Cinco mil toneladas de maíz híbrido certificado a doce pesos el kilo. Sesenta millones.

—¿Cuánto cuesta la semilla de verdad?

—Seis pesos el kilo a granel sin certificar. Es la misma, solo que le ponemos etiqueta de certificada.

Otros treinta millones de diferencia. Hernando se recargó en su silla de piel italiana que había costado cuarenta y dos mil pesos. El presupuesto de ANDRI para el estado era de dos mil ochocientos millones en tres años. Trabajándolo bien, podían sacar trescientos millones limpios sin que nadie notara nada.

Trescientos millones repartidos en tres: cien para él, cien para Ernesto Cuevas, cien para Anselmo Velázquez. Con cien millones podía jubilarse. Comprarse una casa en San Miguel de Allende. Poner un negocio para Rodrigo, su hijo. Hay que asegurar que sus nietos nunca sintieran la humillación de la pobreza que él había conocido.

—¿Cómo va lo de las capacitaciones?

—Ya tengo doce cursos fantasma armados. Cada curso con lista de asistencia firmada, constancias, fotos. Nadie va a ir, pero en papel van a ir doscientas personas por curso.

Hernando sonrió. Las capacitaciones fantasma eran su especialidad favorita. Contratabas un instructor, rentabas un salón, tomabas fotos el primer día con veinte personas que pagabas doscientos pesos por ir. Luego llenabas las listas con nombres del padrón electoral y fabricabas constancias. En papel, doscientas personas capacitadas. En realidad, veinte que fueron un día y no aprendieron nada.

Lo mejor de las capacitaciones fantasma es que nadie se quejaba. Los que no habían ido no sabían que supuestamente habían ido. Y los que sí fueron ese primer día estaban contentos de haber ganado doscientos pesos por tomarse fotos.

Tocaron a la puerta. Era Ernesto Cuevas, el secretario de Desarrollo Rural. Cincuenta y ocho años, canas perfectas, traje a la medida. El jefe formal de Hernando, pero en el sistema ambos eran socios.

—¿Interrumpo?

—Para nada. Anselmo ya se va.

Anselmo guardó sus papeles y salió. Ernesto se sirvió café del termo sobre el escritorio. Su mano temblaba ligeramente al servir. Hernando lo notó.

—Tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—ANDRI mandó una auditora. Mónica Salazar. Contador público, especialista en fraudes, madre soltera con tres hijos. Cuarenta años y con cara de que no le tiembla la mano.

Hernando sintió una puntada pero la disimuló. Había auditores en cada programa. Venían, revisaban papeles, firmaban, se iban. Algunos pedían dinero. Otros pedían favores. Todos se podían arreglar.

—Todas las auditorías se arreglan, Ernesto. Ya sabes cómo es esto.

—Esta no. Ya intenté invitarla a comer. Me dijo que no mezcla trabajo con compromisos sociales. Le ofrecí camioneta oficial con chofer. Me dijo que ella maneja. Le insinué que hay formas flexibles de hacer las cosas. Me miró como si fuera basura.

—¿Le ofreciste dinero?

—No directamente. Pero dejé caer que hay compensaciones por agilizar trámites. Me dijo textualmente: "cualquier pago fuera de mi salario lo voy a reportar como intento de soborno".

Hernando dejó de sonreír. En quince años había conocido docenas de auditores. Todos tenían precio. Dinero, favores políticos, quedar bien con el gobernador. Todos jugaban el juego. Los que llegaban honestos aprendían rápido que el juego era más grande que ellos. O jugabas o te sacaban.

Pero de vez en cuando aparecía uno que se negaba a jugar. Esos eran peligrosos.

—¿Qué tanto poder tiene?

—Total. ANDRI le dio autonomía completa. Va a revisar cada factura, cada contrato, cada obra. Y trae tecnología.

—¿Qué tecnología?

Ernesto sacó su celular y mostró una aplicación.

—SiGARE. Sistema de Gestión y Auditoría de Recursos del Estado. Cada equipo comprado va a tener código QR vinculado a GPS. Los campesinos van a poder escanear el código y verificar que el tractor es modelo 2026, no 2018. Que la semilla es certificada, no a granel. Que la capacitación se dio, no fue fantasma.

Hernando sintió que el aire acondicionado ya no enfriaba suficiente. Se aflojó la corbata.

—Eso es imposible. Los campesinos no saben usar esas mamadas.

—Los están capacitando. Y hay contraloría social digital. Si un beneficiario reporta irregularidades, alerta automática. La Fiscalía Anticorrupción tiene acceso directo.

Hernando caminó hacia la ventana. Abajo, en la plaza, la vida seguía igual. Viejitos, palomas, sol. Una pareja de turistas tomándose fotos junto al kiosco. Un vendedor de globos. Una ciudad que dormía su siesta ignorando que arriba, en el tercer piso, algo importante se estaba rompiendo.

El sistema que había funcionado quince años de pronto tenía una grieta.

—¿Cuándo empieza a operar?

—Ya empezó. Lleva una semana instalada en una oficina que le dieron en ANDRI. Tiene dos asistentes y un contador forense. Ayer me pidió acceso a todos los contratos de los últimos tres años.

—¿Se los diste?

—Todavía no. Le dije que estamos preparando el archivo. Pero solo puedo retrasarlo una semana más.

Hernando volvió a sentarse. Su mente trabajaba rápido, evaluando opciones, buscando salidas. El esquema de los tractores chinos ya no iba a funcionar. El código QR iba a delatar que eran modelos viejos. La semilla a granel tampoco. Las capacitaciones fantasma menos.

Quince años construyendo el sistema. Quince años perfeccionándolo. Y ahora una contadora de cuarenta años con tres hijos y principios inquebrantables venía a echarlo abajo.

—Tenemos que cambiar la estrategia.

—¿A qué te refieres?

—Si no podemos hacer el fraude grande, hacemos muchos fraudes pequeños. En lugar de facturar tractores a seiscientos cuando cuestan doscientos, los facturamos a trescientos. La diferencia es menor pero más difícil de detectar. En lugar de semilla pirata, compramos certificada pero de segunda calidad. Pasa las pruebas básicas pero no rinde igual. En lugar de capacitaciones fantasma, damos capacitaciones de verdad pero con instructores baratos que no saben nada.

Ernesto negó con la cabeza.

—Eso no va a funcionar. Esta mujer sabe exactamente qué buscar. Y aunque le bajemos al robo, va a encontrar algo. Siempre encuentran algo.

—Entonces la desacreditamos. Investigamos su vida. Buscamos algo turbio. Un divorcio conflictivo, un problema legal. La desprestigiamos antes de que ella nos desprestigie.

—Ya lo intenté. Está limpia. Divorciada hace ocho años, sin escándalos. Tres hijos becados. No tiene propiedades. No tiene cuentas gordas. Vive en un departamento rentado. Su única debilidad es que trabaja demasiado.

Hernando golpeó el escritorio con el puño. Las plumas en el portaplumas temblaron.

—Tiene que haber algo. Nadie es tan limpio.

—Ella sí.

Silencio denso, pesado. Las campanas de la catedral dieron las doce. Hernando contó cada campanada como si fueran años de cárcel.

—¿Y si dejamos este presupuesto en paz? —sugirió Ernesto con voz cuidadosa—. Hay otros programas. Podemos trabajar el presupuesto estatal, el federal de otro ramo. Este de ANDRI lo dejamos correr limpio.

Hernando lo miró como se mira a un loco o a un traidor.

—Son dos mil ochocientos millones, Ernesto. No vamos a dejar pasar eso porque llegó una contadora amargada.

—Pues entonces hay que tener mucho cuidado.

—Voy a tener cuidado. Voy a ser tan cuidadoso que esa mujer no va a encontrar nada que probar.

Ernesto se levantó para irse. En la puerta se detuvo y volteó.

—Hernando, tengo cincuenta y ocho años. En dos años me jubilo. No quiero terminar en la cárcel.

—Nadie va a terminar en la cárcel. Confía en mí.

Pero cuando Ernesto salió y cerró la puerta, Hernando se quedó mirando los documentos sobre su escritorio y por primera vez en quince años no estuvo seguro de lo que acababa de prometer.

Se quedó solo mirando los contratos, las facturas, las órdenes de compra. Todo perfectamente armado. Todo perfectamente ilegal. Como un edificio construido sobre arena que de repente descubre que viene un terremoto.

Sacó su celular y marcó a Anselmo.

—Necesito que consigas tractores nuevos. Modelo 2026, como dice el contrato. Y semilla certificada de verdad. Y que las capacitaciones sean de verdad.

—¿Qué? Pero eso va a costar...

—Lo que tenga que costar. Esa auditora no puede encontrar nada obvio. Vamos a hacer todo legal por encima. El negocio lo vamos a hacer por debajo, con sobreprecio. Un veinte por ciento arriba del precio de mercado. Nadie puede probar que es sobreprecio porque los precios varían.

—Eso es muy poco margen, licenciado.

—Es el margen que hay. O eso o nada.

Colgó. Se sirvió un whisky Buchanan's de dieciocho años aunque apenas era mediodía. Lo tomó de un trago que le quemó la garganta. Se sirvió otro. El líquido ámbar brillaba contra la luz que entraba por la ventana.

Su celular vibró. Un mensaje de su hijo Rodrigo: "Papá, ¿nos vemos a comer? Hace semanas que no platicamos."

Hernando miró el mensaje durante largo rato. Rodrigo estudiaba derecho en una universidad privada que costaba ochenta mil pesos al semestre. Dinero que venía del sistema. Rodrigo soñaba con ser abogado corporativo. Con tener despacho propio. Con ganar bien. Con nunca ser pobre como su abuelo.

Si Hernando caía, Rodrigo tendría que salirse de la universidad. Tendría que conseguir trabajo. Tendría que conocer la humillación que Hernando había jurado que nunca conocería.

Eso no podía pasar.

Guardó el celular sin contestar.

En quince años nunca había sentido miedo. Había sentido nervios antes de auditorías. Había sentido prisa moviendo dinero rápido. Había sentido satisfacción cuando un esquema salía perfecto.

Pero miedo, miedo de verdad, nunca.

Hasta ahora.

Porque por primera vez en quince años, Hernando Valadez Visconti no estaba seguro de poder ganar.

Y eso era algo que no sabía cómo manejar.

Abrió el cajón inferior de su escritorio. Detrás de una carpeta vieja había una fotografía que no miraba desde hacía años. Su padre, flaco y moreno, parado frente a una escuela rural en algún pueblo perdido de la sierra. Sonriendo a pesar de la pobreza. Orgulloso de su trabajo honesto que nunca le dio nada más que dignidad.

Hernando cerró el cajón de golpe.

La dignidad no pagaba universidades privadas.

La dignidad no compraba casas en San Miguel de Allende.

La dignidad era un lujo de pobres que no tenían nada que perder.

Y él tenía demasiado que perder.

Capítulo 5 "Semillas del tiempo"

El invernadero olía a tierra húmeda y fertilizante. Filas de macetas con plantas de maíz en diferentes etapas: algunas apenas germinando, otras con dos hojas verdaderas, otras más con tallos de medio metro. Abril de 2027 y el doctor Armando Villegas Soto estaba donde había pasado los últimos treinta años: entre semillas que prometían más de lo que daban.

Sesenta y dos años. Treinta dedicados a buscar maíz que resistiera la sequía sin perder rendimiento. Había producido diecisiete variedades experimentales. Ninguna funcionó. O resistían pero rendían la mitad, o rendían bien pero se morían sin agua. Cada fracaso documentado en cuadernos que llenaban dos archiveros completos. Cada esperanza marchita registrada con la meticulosidad de quien no puede permitirse olvidar sus errores.

Los compañeros de generación ya estaban jubilados. Algunos habían muerto. Otros trabajaban como consultores cobrando por hora lo que Armando ganaba en un mes. Pero ninguno había dedicado treinta años al mismo problema. Ninguno había convertido su vida en la persecución de un maíz que tal vez no existía.

El INIFAP se había transformado en INIIA hacía apenas dos años. El presupuesto multiplicado por cinco. Equipos nuevos que Armando apenas sabía usar, invernaderos modernos con control climático automatizado, laboratorios con tecnología que treinta años atrás hubiera parecido ciencia ficción. Y personal nuevo. Gente joven con doctorados en el extranjero y papers en revistas internacionales.

Gente como Luis Ángeles Cruz.

Tocó a la puerta el doctor Luis Ángeles Cruz, treinta y siete años, genetista molecular de UC Davis. Pelo largo recogido en cola de caballo, barba de tres días que intentaba darle apariencia de rebelde científico, tenis de marca que costaban más que el salario semanal de Armando.

—Doctor Villegas, ¿tiene un momento?

—Estoy ocupado.

—Es importante. Quiero proponerle algo sobre el maíz.

Armando no levantó la vista de sus plantas. Estaba midiendo el grosor de los tallos con un vernier digital. Tallo delgado significaba estrés hídrico. Tallo grueso significaba que la planta estaba desperdiciando agua en crecimiento vegetativo en lugar de producir mazorca.

Luis entró de todos modos con su tablet bajo el brazo.

—He revisado sus trabajos. Los diecisiete. Son impresionantes. El problema es que usa mejoramiento tradicional. Eso tarda décadas. Con CRISPR podemos hacerlo en dos años.

Armando sintió tensión en la mandíbula. CRISPR. Edición genética. El atajo que todos los jóvenes querían tomar.

—El maíz no es un experimento de laboratorio. Lleva diez mil años de domesticación. No se puede cortar y pegar genes como rompecabezas.

—Se está haciendo en todo el mundo —Luis desplegó su tablet y mostró una presentación llena de gráficas—. Arroz resistente a sequía en China. Trigo tolerante a sal en Australia. Sorgo mejorado en África. México se está quedando atrás.

—¿Funcionan?

Luis titubeó por primera vez.

—Algunos sí. Otros todavía están en pruebas.

—Otros están en pruebas —repitió Armando con ironía—. Como mis diecisiete variedades que "no funcionaron". Llevo treinta años y no he logrado lo que busco. Tú quieres lograrlo en dos.

—Puedo lograrlo en dos —corrigió Luis con la seguridad de quien nunca ha fracasado lo suficiente para dudar.

—¿Dónde vas a conseguir los genes?

Luis sonrió como quien tiene un as bajo la manga.

—Ya existen. En los maíces criollos que los campesinos conservaron durante siglos. Identificamos los genes responsables de la tolerancia a sequía, los aislamos y los transferimos a variedades de alto rendimiento. Lo mejor de ambos mundos.

—Eso es robarles a los campesinos para patentarlo.

—No si lo hacemos bien —Luis guardó su tablet—. Trabajamos con las comunidades. Reconocemos su aporte. Hacemos el material de dominio público. Nadie se queda con las patentes.

Armando iba a responder cuando tocaron la puerta. Entró la ingeniera Fabiola Reyes, veintiocho años, técnica de campo, mazahua de Santiago Mexquititlán que había estudiado en Chapingo con beca.

—Perdón, doctor. Tenemos visita. Un campesino que dice que guarda maíces criollos.

—¿Cómo se llama?

—Profesor Epifanio Robles. De Guanajuato. Dice que vino hasta acá porque escuchó en la radio que estamos buscando semillas.

Luis y Armando intercambiaron miradas. Salieron juntos.

En la explanada del INIIA esperaba un hombre de setenta y un años, flaco como rama seca, sombrero de palma deshilachado por el sol, manos nudosas de quien ha trabajado la tierra toda su vida. A sus pies, un costal de yute remendado en varios lugares.

—Buenas tardes. Me dijeron que buscan maíces criollos.

—Estamos haciendo un banco de germoplasma —respondió Luis con entusiasmo —. ¿Usted tiene variedades?

Epifanio señaló el costal sin sonreír.

—Veintitrés. Algunas las heredé de mi abuelo. Hay un maíz "cola de zorra" que aguanta dos meses sin agua. Otro "pinto" que da mazorca aunque la tierra esté seca como ladrillo.

Armando sintió aceleración en el pulso. Treinta años buscando esos genes y un campesino flaco de setenta y un años los traía en un costal remendado.

—¿Podemos ver las semillas?

Epifanio no se movió.

—Primero quiero saber qué van a hacer con ellas.

—Estudiarlas —dijo Luis—. Identificar qué las hace resistentes. Usarlas para mejorar otras variedades.

—¿Y luego?

—Distribuirlas a los campesinos.

—¿Gratis o vendidas?

Luis dudó. Esa duda de medio segundo fue suficiente. Epifanio empezó a cerrar el costal.

Armando intervino:

—Gratis.

Epifanio lo miró fijamente. Ojos claros desteñidos por el sol, pero agudos.

—He visto muchos científicos. Todos dicen que van a ayudar. Pero las semillas terminan en empresas que las venden caras y prohíben guardarlas. Vi lo que pasó con el maíz transgénico. Los campesinos que lo sembraron ya no pueden guardar semilla. Tienen que comprarla cada año.

—Yo llevo treinta años trabajando para los campesinos. Nunca he patentado nada. Nunca he vendido nada. Puede preguntarle a quien quiera.

—¿Y él? —Epifanio señaló a Luis con la barbilla.

—Él es nuevo. Pero trabaja conmigo. Y va a respetar las mismas reglas.

Luis asintió.

—Le doy mi palabra.

Epifanio miró a Fabiola que había estado callada observando.

—¿Usted qué dice? Usted es del campo. ¿Les creo?

Fabiola se tomó su tiempo antes de responder.

—El doctor Villegas es buena gente. Llevo cinco años trabajando con él. Sé cuándo alguien habla de verdad. Él habla de verdad.

Epifanio asintió lentamente. Se agachó con esfuerzo y abrió el costal. Mazorcas de todos colores: rojas como sangre seca, azules como cielo de tormenta, blancas como hueso, pintas como leopardo. Cada una envuelta con cuidado en papel periódico amarillento con el nombre escrito a mano en letra temblorosa.

—Esta es "cola de zorra". Mi abuelo la sembró en la sequía del cuarenta y siete. Ese año no llovió en seis meses. Todos los maíces se secaron. Este dio. No mucho, pero dio. Mi familia comió gracias a esta semilla.

Armando tomó la mazorca con ambas manos, con el cuidado con que se toma algo sagrado. Los granos eran pequeños, duros, color café rojizo con manchas oscuras. Ahí, en esos granos que cabían en la palma de su mano, estaba la información genética que había buscado treinta años. Información que no estaba en ningún laboratorio, en ninguna base de datos, en ninguna revista científica. Información que había sido preservada por un campesino y su abuelo antes que él, simplemente sembrando, cosechando y guardando.

—¿Nos prestaría semilla para sembrar?

—¿Prestar o regalar?

—Prestar. Cuando cosechemos, le devolvemos el doble.

Epifanio sonrió por primera vez. Una sonrisa que le arrugó toda la cara.

—Así me gusta. Que respeten que las semillas son prestadas. La tierra nos las prestó. Nosotros se las préstamos a ustedes. Pero nadie es dueño. Las semillas no tienen dueño. Solo tienen guardianes.

Durante la siguiente hora, Epifanio sacó mazorca tras mazorca y contó historias. Cada variedad tenía su propia historia, su propio nombre, su propio milagro. El abuelo que la trajo de Michoacán caminando. El vecino que la compartió en un año malo. El hijo que casi la pierde pero la rescató.

Luis tomaba notas en su tablet. Armando solo escuchaba, con las manos sucias de tocar semillas, sintiendo que estaba tocando historia viva.

Fabiola preparó café en el termo de la oficina. Se sentaron bajo un pirul en la entrada del INIIA. Epifanio tomó su café negro y amargo.

—¿Por qué vino hasta acá? —preguntó Armando—. Su ejido está a cuatro horas.

Epifanio miró su café antes de responder.

—Porque tengo setenta y un años. No tengo hijos. Tuve tres pero se fueron al norte. Dos se quedaron. Uno murió cruzando. Nadie en mi pueblo quiere guardar semillas. Dicen que es cosa de viejos locos. Que los híbridos de la tienda rinden más. Y sí, cuando llueve rinden más. Pero cuando no llueve, se mueren todos. Las mías no. Las mías resisten. Pero yo ya no voy a durar mucho. Quería que alguien las cuidara cuando yo ya no pueda.

La voz se le quebró ligeramente en las últimas palabras.

—Las vamos a cuidar —prometió Armando—. Y vamos a hacer que otros campesinos las conozcan.

Epifanio terminó su café. Dejó la taza en el suelo y miró directamente a Armando.

—Hay una condición.

—¿Cuál?

—Que nunca las vendan. Que nunca las patenten. Que nunca le prohíban a un campesino guardarlas. Si hacen eso, yo mismo vengo y les quemo el banco de germoplasma. Y no estoy bromeando.

Luis soltó una risa nerviosa. Armando no se rio.

—Tiene mi palabra. Y mi palabra vale más que cualquier contrato.

Epifanio estudió su cara durante largo rato. Luego asintió.

—Le creo.

Se levantó con esfuerzo, se despidió con un apretón de manos que lastimaba de tan fuerte, y se fue caminando hacia la parada del autobús con su costal vacío al hombro.

Luis, Fabiola y Armando se quedaron mirándolo alejarse.

—Ese hombre —dijo Luis— acaba de entregarnos el trabajo de su vida. El trabajo de su abuelo. Generaciones de conocimiento.

—Por eso —respondió Armando— no lo vamos a traicionar.

Cuando se quedaron solos, Luis miró las veintitrés mazorcas acomodadas sobre una mesa.

—¿De verdad vamos a trabajar con métodos tradicionales? Podríamos usar CRISPR, identificar los genes exactos, acelerar el proceso...

—Vamos a trabajar con métodos tradicionales. Cruzas. Siembra. Espera. Y si en dos años no tenemos resultados, hablaremos de CRISPR. Primero lo hacemos a la antigüita. Como lo hubiera hecho el abuelo de Epifanio.

—Eso va a tardar años.

—Que tarde lo que tenga que tardar. Ese hombre nos confió el trabajo de su vida. No lo vamos a traicionar por prisa.

Luis asintió sin mucho convencimiento.

—Está bien. Lo hacemos a su manera.

—No a mi manera. A la manera correcta.

Esa noche, Armando llegó tarde a casa. Marta, su esposa, lo esperaba con la cena servida y fría. Cincuenta y nueve años, bióloga retirada que había dejado su carrera para seguirlo por sus múltiples cambios de adscripción.

—¿Cómo te fue?

Armando se sentó y le contó todo. Epifanio, las veintitrés variedades, la cola de zorra que sobrevivió la sequía del cuarenta y siete.

—Conseguimos las semillas que buscaba.

—¿En serio? —Marta dejó su tenedor—. ¿Después de treinta años?

—Un campesino de Guanajuato las guardó toda su vida. Veintitrés variedades. Una podría ser la clave. O ninguna. No lo sé. Pero por primera vez en mucho tiempo siento que estoy cerca.

Marta sonrió con ternura y algo de tristeza.

—¿Y ahora qué sigue?

—Ahora sembrar. Esperar. Ver si la naturaleza nos regala lo que buscamos.

—¿Y si no funciona?

Armando se quedó callado. Habían tenido esta conversación diecisiete veces antes. Cada vez que una variedad experimental fracasaba.

—Entonces seguiremos buscando. Como siempre.

Marta le puso la mano sobre la suya.

—Ya no eres joven, Armando. Tienes sesenta y dos años. Tal vez deberías dejar que el muchacho trabaje con sus métodos modernos. Déjale el problema a él. Tú ya hiciste suficiente.

—Tal vez. Pero no ahora. Tengo que honrar la confianza de ese campesino. Me prestó sus semillas. Me confió el trabajo de su vida. Lo menos que puedo hacer es tratarlas con respeto.

Terminaron de cenar en silencio. Armando lavó los platos mientras Marta veía las noticias. Después salió al patio trasero y se quedó mirando el cielo. Las estrellas brillaban igual que cuando tenía treinta años y empezaba este camino.

Algunos sueños se habían cumplido: el doctorado, el puesto en el INIFAP, el reconocimiento de sus colegas.

Otros se habían marchitado: el hijo que quisieron tener y nunca llegó, la casa propia que nunca pudieron comprar, los viajes que nunca hicieron.

Pero este sueño, el del maíz que resiste la sequía, todavía estaba vivo.

Frágil, improbable, tal vez imposible.

Pero vivo.

Y mientras él siguiera vivo, no iba a renunciar a él.

Aunque le tomara otros treinta años.

Aunque fracasara diecisiete veces más.

Porque algunos sueños no se persiguen por la probabilidad de alcanzarlos.

Se persiguen porque son lo único que hace que valga la pena seguir intentando.

Capítulo 6 "La mirada externa"

La oficina de la fundación Ford en Ciudad de México tenía ventanas del piso al techo con vista a Reforma. Enero de 2027 y el tráfico se arrastraba como animal herido. Laura Santibáñez Cordero llevaba cuarenta y un años haciendo periodismo y había aprendido a desconfiar de las oficinas con buenas vistas. Mientras más alto el edificio, más lejos de la realidad.

—El proyecto se llama México Rural Próspero y Sustentable. Una apuesta del gobierno para transformar el campo. Seis billones de pesos en quince años.

La directora de programas lo decía como quien anuncia algo histórico. Laura tomaba notas en su libreta gastada. Iván Prado, su camarógrafo y socio de diez años, grababa con su celular.

—¿Y qué quieren que documentemos exactamente?

—Todo. Un seguimiento real, sin filtros oficiales, durante seis años. Queremos un registro honesto de si funciona o fracasa. Ustedes van a tener acceso total a comunidades, funcionarios, beneficiarios. Van a poder grabar lo que quieran, cuando quieran.

Laura intercambió una mirada con Iván. En veinte años juntos habían desarrollado un lenguaje silencioso. La mirada de Iván decía: "suena demasiado bueno".

—¿Y quién financia?

—Fundaciones internacionales. Ford, Rockefeller, Kellogg. El dinero está asegurado. Doscientos mil dólares anuales durante seis años. Ustedes deciden cómo gastarlos. La única condición es que entreguen un documental de seis episodios al final.

—¿Y si el documental muestra que el proyecto es un fracaso?

La directora sonrió.

—Entonces mostrarán un fracaso. No nos interesa propaganda. Nos interesa la verdad.

Laura había escuchado esa frase demasiadas veces. Todos decían que querían la verdad hasta que la verdad los incomodaba. Pero doscientos mil dólares anuales era más de lo que había ganado en tres años sumados.

—¿Cuándo empezamos?

—Ya. El proyecto arranca en marzo. Necesitamos que estén listos.

Dos semanas después, Laura e Iván se reunieron con el licenciado Ramón Durán, director general de ANDRI. Las oficinas estaban en Santa Fe. Todo vidrio y concreto.

Ramón Durán tenía cincuenta y cinco años y la expresión de quien ha dormido poco durante mucho tiempo. Tecnócrata de carrera. Había trabajado en cuatro sexenios diferentes. Un sobreviviente.

—Periodista documentalista. Ha cubierto narco, migración, pobreza, corrupción. No tiene pelos en la lengua.

Revisaba el currículum de Laura mientras hablaba.

—Si quiere alguien que haga comerciales, busque otro.

—No quiero comerciales. Quiero que me obliguen a rendir cuentas. Este proyecto puede ser lo más importante que haga en mi vida. O puede ser otro elefante blanco. Necesito que alguien documente todo. Lo bueno, lo malo y lo feo. Porque si no hay consecuencias para hacer las cosas mal, nadie las va a hacer bien.

Laura sacó su grabadora.

—¿Puedo grabar esto?

—Grabe todo. Le voy a dar un gafete de acceso total. Puede entrar a cualquier oficina de ANDRI en cualquier momento. Puede pedir documentos. Puede entrevistar a quien quiera. La única condición es que lo que documente sea para su proyecto, no para notas inmediatas. El seguimiento es a seis años.

—¿Y si encuentro corrupción?

—Si encuentra corrupción, la documenta y me avisa. Yo me encargo de que llegue a donde tiene que llegar.

Laura extendió la mano.

—Trato hecho. Pero si en algún momento me pide que suavice algo, que omita algo o que mienta, me voy y hago el documental que yo quiera con el material que tenga.

—Me parece justo.

Durante las siguientes semanas viajaron por todo el país conociendo a los protagonistas. En Jalisco conocieron a Ana Lilia Palacios, la ganadera que acababa de aceptar un programa de sistemas silvopastoriles.

—¿Periodistas? ¿Para qué quieren grabarme?

—Para documentar si esto funciona o no.

—¿Y si no funciona?

—Entonces documentamos por qué no funcionó.

Ana Lilia aceptó. Iván filmó los dieciséis becerros flacos, el terreno seco, la cara de duda. Laura la entrevistó durante dos horas. Al final, Ana Lilia dijo algo que Laura apuntó: "Si esto funciona, voy a ser la primera en decirlo. Y si no funciona, también. Porque ya estoy cansada de que nos vengan a engañar."

En Guanajuato conocieron a Serafín Sandoval. Sera era más difícil de descifrar. Tenía la mirada cansada de los funcionarios que han visto demasiado.

—¿Cree que este proyecto va a funcionar?

—No sé. Todos prometen lo mismo. Luego viene la realidad: corrupción, improvisación, cambio de gobierno. Pero este trae algo nuevo: monitoreo en tiempo real. Tal vez eso haga la diferencia.

—¿O tal vez no?

—O tal vez no. Ya veremos.

En Oaxaca conocieron a Sicarú. La encontraron en su cafetal, cortando cerezos con otras seis mujeres. Sicarú hablaba español con acento zapoteco y miraba directo a los ojos.

—¿Ustedes van a contar nuestra historia?

—Si ustedes quieren que la contemos, sí.

—Queremos. Pero queremos que cuenten la verdad. No que vengan a pintarnos como pobrecitas. Nosotras no necesitamos ayuda. Necesitamos que nos dejen trabajar en paz y que nos paguen lo justo.

Laura sonrió. Le caía bien esta mujer.

En la capital del estado conocieron al licenciado Hernando Valadez. Era la entrevista que Laura menos quería hacer pero sabía que era necesaria. Hernando los recibió en su oficina con vista a la plaza, con café en taza de porcelana.

—¿Un documental? Qué interesante. ¿Y qué ángulo van a tomar?

—Ningún ángulo. Solo vamos a documentar qué pasa.

—Ah, periodismo objetivo. Me gusta. Aunque entre usted y yo, el periodismo objetivo no existe. Todos tienen un sesgo.

Laura sintió que le caía mal este hombre. Tenía la sonrisa fácil de los políticos y la mirada calculadora.

—¿Usted cree en este proyecto?

—Por supuesto. Es una oportunidad histórica para transformar el campo mexicano.

Laura no le creyó ni una palabra. Al salir, le dijo a Iván:

—Este va a terminar en la cárcel.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tiene cara de ladrón. Y los ladrones con cara de ladrón siempre terminan cayendo.

En Guanajuato conocieron al doctor Armando Villegas. El científico los recibió en su invernadero, entre macetas de maíz experimental. Tenía las manos sucias y los ojos cansados pero brillantes.

—Llevo treinta años buscando esto. Tal vez ahora sí lo logre.

—¿Y si no lo logra?

—Entonces alguien más lo logrará después de mí. Pero yo voy a seguir intentando mientras me quede vida.

Laura sintió respeto por este hombre. Había algo genuino en su obsesión.

Durante los siguientes meses viajaron constantemente. Filmaron asambleas, inauguraciones, capacitaciones. Entrevistaron a campesinos, funcionarios, técnicos. Acumularon más de cien horas de material.

En junio, Laura se reunió de nuevo con Ramón Durán.

—¿Qué ha visto hasta ahora?

—Caos. Resistencias. Buenas intenciones mezcladas con malas prácticas. Gente honesta trabajando al lado de gente corrupta. Lo mismo de siempre.

—¿Cree que va a funcionar?

Laura se tomó su tiempo.

—No lo sé. Es demasiado pronto. Pero hay algo diferente esta vez. Hay monitoreo real. Hay consecuencias. Y hay gente que realmente cree. Tal vez eso sea suficiente.

—¿O tal vez no?

—O tal vez no.

Ramón sonrió.

—Me recuerda al ingeniero Sandoval. Él tampoco sabe si creer.

—Es que creer es peligroso. Cuando crees y te fallan, duele más.

—¿Y usted cree en algo, Laura?

Laura guardó su grabadora.

—Creo en documentar la verdad. Sea cual sea. Porque la verdad, aunque duela, es lo único que puede cambiar las cosas.

Salió con Iván. Afuera llovía. Lluvia de verano que refresca la ciudad por dos horas. Se quedaron bajo el toldo viendo caer el agua.

—¿En qué nos metimos?

—En algo que puede ser histórico o puede ser otro fracaso más. Pero sea lo que sea, lo vamos a documentar completo.

—¿Y si nos enamoramos de la historia? ¿Si perdemos la objetividad?

Laura encendió un cigarro. Había dejado de fumar tres veces pero siempre volvía.

—Entonces vamos a tener que recordarnos que nuestro trabajo no es enamorarnos. Es ver. Y contar lo que vemos. Aunque duela. Aunque incomode.

Iván levantó su cámara y filmó a Laura fumando bajo la lluvia.

—¿Qué haces?

—Documentarte documentando. Para que dentro de seis años recordemos cómo empezó esto.

Laura sonrió. Tiró el cigarro.

—Seis años. Parece una eternidad.

—O parece nada. Depende de qué tan rápido pasen las cosas.

Subieron a la camioneta y arrancaron. Afuera, la ciudad se veía lavada por la lluvia. Los árboles brillaban. El aire olía a tierra mojada.

Enero de 2027. El proyecto apenas comenzaba.

Y Laura Santibáñez ya tenía la sensación de que este iba a ser el trabajo más importante de su vida.

O el más doloroso.

O tal vez ambos.

Solo el tiempo lo diría.

Y ella estaría ahí para documentarlo.

Capítulo 7

"Árboles entre el ganado"

Junio de 2028. Quince meses después de aquel día en que Ana Lilia vendió los últimos becerros y decidió intentar algo distinto. El rancho El Encinal ya no parecía el mismo lugar. Donde antes había tierra pelada, ahora crecían hileras de árboles jóvenes: leucaena con sus vainas largas, guácima de hojas anchas, parota que todavía era pequeña pero prometía sombra en cinco años.

Quince hectáreas transformadas. El pasto bahía crecía verde entre los árboles, aprovechando la humedad que las raíces profundas traían de abajo. Y entre el pasto y la sombra, treinta y dos cabezas de ganado. El doble de lo que Ana Lilia había tenido el año anterior en el mismo espacio.

Pero el pueblo no lo veía así.

Don Fermín Orozco, el vecino, se había parado tres veces en la cerca a mirar con gesto de desaprobación. No decía nada, pero no hacía falta. Su silencio era elocuente como sermón.

La Asociación Ganadera local era peor. En la última reunión mensual, cuando Ana Lilia presentó los números de su rancho, el presidente la interrumpió:

—Con todo respeto, doña Ana Lilia, pero esto que usted está haciendo no es ganadería. Es... no sé qué es. Un jardín botánico. Un parque. Pero ganadería no es.

Los demás ganaderos asintieron. Hombres de cincuenta, sesenta años, que habían criado ganado como sus padres y abuelos. Hombres que veían los árboles como estorbo, no como herramienta.

Ana Lilia no respondió. Guardó sus papeles y salió de la reunión antes de tiempo. Claudia, su hija, la esperaba afuera.

—No les hagas caso, mamá. Están celosos.

—No están celosos, mija. Tienen miedo. Miedo de que si yo tengo razón, ellos estuvieron equivocados toda la vida.

El rancho seguía funcionando. Los becerros engordaban más rápido. Las vacas producían más leche. El agua del pozo duraba más. Daniela Cervantes, la extensionista de ANDRI, venía cada semana a tomar medidas.

—Treinta por ciento menos estrés térmico. El ganado bajo sombra tiene temperatura corporal dos grados menor. Eso significa que come mejor, gana peso más rápido y se enferma menos.

Los números no mentían. Pero los ganaderos viejos tampoco creían en números.

Un jueves llegó Domingo. El hijo mayor de Ana Lilia tenía diecinueve años y estudiaba veterinaria en Guadalajara. Llegó en autobús con su mochila al hombro y expresión de quien viene a decir algo importante.

—Mamá, tenemos que hablar.

Se sentaron en el portal. Ana Lilia le sirvió agua fresca.

—¿Qué pasó?

—En la universidad están hablando de tu rancho. Un profesor mencionó el programa de ANDRI y puso como ejemplo El Encinal. Dijo que es un caso de éxito.

—¿En serio?

—Sí. El problema es que todos mis compañeros se burlaron. Dijeron que los sistemas silvopastoriles son para gente que no sabe criar ganado de verdad. Que los árboles le quitan espacio al pasto.

—¿Y tú qué dijiste?

Domingo bajó la mirada.

—Nada. Me quedé callado. Y me sentí mal. Pero es que... mamá, yo tampoco estoy seguro de que esto funcione. Cuando me preguntan a qué se dedica mi familia, digo que somos ganaderos. Pero luego pienso en los árboles y no sé qué decir.

Ana Lilia dejó pasar un largo silencio.

—Mira, hijo. Tu abuelo crio ganado durante cuarenta años. Yo llevo veintitrés. Tu papá, que en paz descanse, crio ganado toda su vida. Todos usamos el mismo método: desmontar la tierra, sembrar pasto, meter ganado, rezar para que llueva. Y funcionó. Durante décadas funcionó. Pero ya no funciona. Cada año llueve menos. Cada año hace más calor. El ganado sufre. Nosotros sufrimos. Algo tiene que cambiar.

—Pero los árboles...

—Los árboles no son el enemigo del ganado, Domingo. Son sus aliados. ¿O tú no has visto cómo buscan la sombra cuando aprieta el sol? ¿No has visto cómo muerden las hojas de la leucaena? La naturaleza ya nos está diciendo qué necesita. Nosotros nomás tenemos que escuchar.

Domingo se quedó pensando.

—¿Y qué van a decir en la Asociación? ¿Y don Fermín?

—Van a decir lo que quieran. Pero en dos años, cuando yo tenga ganado gordo y ellos sigan vendiendo becerros flacos, van a empezar a hacer preguntas. Y cuando hagan preguntas, yo voy a estar aquí para contestar.

Esa noche, Domingo salió a caminar por el rancho. Vio las hileras de árboles creciendo derechos. Vio el ganado echado bajo la sombra, rumiando tranquilo. Vio el pasto verde donde antes solo había polvo.

A la mañana siguiente, antes de regresar a Guadalajara, buscó a su madre.

—Quiero trabajar contigo en las vacaciones. Aprender todo esto bien. Porque creo que tienes razón. Esto es el futuro.

Ana Lilia lo abrazó sin decir nada. A veces las palabras sobran.

Dos semanas después, don Fermín apareció en la cerca. Traía su caballo ensillado y cara de quien viene a decir algo que le cuesta trabajo.

—Buenos días, Ana Lilia.

—Buenos días, don Fermín.

—Venía a preguntarle algo. Esos árboles que plantó. ¿De dónde los sacó?

—De ANDRI. Ellos tienen un vivero. Dan plántulas gratis para los que entran al programa.

Don Fermín se rascó la cabeza por debajo del sombrero.

—¿Y de verdad sirven?

Ana Lilia señaló el ganado.

—¿Usted qué ve?

Don Fermín miró. El ganado de Ana Lilia tenía el pelo brillante, las ancas llenas, el paso firme. Su propio ganado, del otro lado de la cerca, se veía opaco en comparación.

—Se ven bien —admitió a regañadientes.

—No solo se ven bien. Están bien. Pesan más, comen menos, se enferman menos. Y todo porque tienen sombra y forraje fresco.

Don Fermín se quedó callado un rato largo. Luego dijo algo que le costó trabajo:

—¿Cree que yo podría... que todavía estoy a tiempo de...?

Ana Lilia sonrió.

—Claro que está a tiempo, don Fermín. Si quiere, hablo con la ingeniera Daniela. Ella viene la próxima semana. Puede pasar por su rancho y hacer una evaluación.

—No quiero que se sepa. No quiero que piensen que me rajé.

—No es rajarse, don Fermín. Es adaptarse. Mi abuelo siempre decía que el ganadero necio es ganadero pobre. Que había que aprender de lo que funciona.

El viejo ganadero asintió y se fue cabalgando despacio. Ana Lilia lo vio alejarse y sintió que algo importante acababa de pasar. Si don Fermín, con sus sesenta y ocho años y su terquedad legendaria, estaba dispuesto a cambiar, entonces otros también lo harían.

Esa semana llegaron tres rancheros más. Llegaron de noche, cuando nadie los viera. Llegaron con preguntas tímidas y ojos curiosos. Ana Lilia los recibió a todos. Les explicó el sistema, les mostró los números, les presentó a Daniela.

—No es magia. Es trabajo. Pero es trabajo que da resultados.

En julio, el presidente de la Asociación Ganadera la buscó.

—Doña Ana Lilia, vengo a ofrecerle una disculpa. La última vez la traté mal en la reunión. Y no tenía por qué. Usted está haciendo las cosas bien.

Ana Lilia no esperaba esto.

—No se preocupe. Entiendo que es difícil aceptar cosas nuevas.

—Por eso venía a preguntarle si podría dar una plática en la próxima reunión. Una plática formal, con tiempo suficiente. Para explicarnos bien cómo funciona su sistema.

Ana Lilia aceptó.

La reunión fue un mes después. La sala estaba llena: cuarenta y siete ganaderos. Ana Lilia habló durante una hora. Explicó los principios del sistema silvopastoril. Mostró fotos de su rancho antes y después. Presentó números: ganancia de peso, ahorro de agua, reducción de costos. Al final abrió espacio para preguntas.

Hubo muchas. Algunas honestas, otras hostiles. Pero Ana Lilia contestó todas con paciencia.

Cuando terminó, el presidente tomó la palabra:

—Propongo que la Asociación apoye a los socios que quieran entrar al programa de ANDRI. Los que estén de acuerdo, levanten la mano.

Levantaron la mano treinta y dos de cuarenta y siete.

Mayoría.

Después de la reunión, varios ganaderos se acercaron a Ana Lilia. Querían detalles, contactos, consejos. Ella los atendió a todos. Claudia estaba en una esquina grabando con su celular.

—¿Para qué grabas?

—Para subirlo a TikTok. Para que los jóvenes vean que el campo puede ser diferente.

—¿TikTok? ¿Qué es eso?

Claudia se rio.

—Es una aplicación, mamá. Yo tengo un canal sobre el rancho. Ya tengo dos mil seguidores.

—¿Dos mil personas nos ven?

—Dos mil y subiendo. Hay muchos jóvenes que quieren regresar al campo pero no saben cómo. Tú les estás enseñando.

Ana Lilia no sabía qué pensar de eso. Ella solo había querido salvar su rancho. No había planeado ser ejemplo de nada.

Pero ahí estaba. Lista o no.

Un mes después llegó Laura Santibáñez con su camarógrafo. Querían filmar los avances para el documental.

—¿Cómo se siente?

—Cansada. Esto ha sido más difícil de lo que pensé. No solo el trabajo físico. También el trabajo de convencer. De aguantar las críticas. De seguir adelante aunque todos te digan que estás loca.

—¿Y valió la pena?

Ana Lilia miró su rancho. Los árboles creciendo, el ganado sano, Claudia grabando videos, Domingo aprendiendo el sistema, don Fermín preguntando tímido cómo empezar.

—Pregúnteme en dos años. Cuando vea si esto de verdad funciona o fue suerte de principiante.

Laura sonrió.

—Esa es la respuesta más honesta que me han dado en todo este proyecto.

Esa noche, Ana Lilia se quedó despierta mirando las estrellas. Pensó en su esposo muerto, en su abuelo, en todos los ganaderos que habían trabajado esa tierra antes que ella. Se preguntó qué pensarían de los árboles entre el ganado.

Tal vez la llamarían loca.

O tal vez reconocerían que el mundo cambia y hay que cambiar con él.

No había forma de saberlo.

Solo podía seguir adelante. Plantando árboles. Criando ganado. Enseñando a quien quisiera aprender.

El resto estaba en manos del tiempo y la tierra.

Como siempre había sido.

Como siempre sería.

Capítulo 8

"Café de luna llena"

Septiembre de 2028. Diecinueve meses desde aquella asamblea dividida donde solo siete mujeres levantaron la mano. Ahora eran veintitrés. La cooperativa "Café Yaa Tao Xhon" —Café Buena Semilla en zapoteco— ocupaba un local prestado en el centro de San Mateo Yucucuí. Adentro había una tostadora de tambor que habían comprado entre todas, un molino manual, una selladora y cincuenta kilos de café cereza esperando ser procesado.

Sicarú Molotla de Canul llegó antes del amanecer, como todas las mañanas. Encendió el fogón de gas que alimentaba la tostadora y empezó a calentar el tambor. El café había que tostarlo despacio, girando el cilindro cada dos minutos, vigilando que los granos no se quemaran. Trabajo de paciencia.

Dominga llegó segunda. Traía un costal de café pergamino que habían despulpado la semana anterior. Lo vació en la mesa de selección y empezó a separar los granos buenos de los defectuosos. Uno por uno. Trabajo de manos y ojos.

A las seis ya estaban todas. Veintitrés mujeres entre veinte y sesenta años. Algunas hablaban solo zapoteco. Otras alternaban entre zapoteco y español. Pero todas sabían hacer café.

—¿Ya llegaron las etiquetas? —preguntó Petrona.

—Llegaron ayer —respondió Sicarú—. Cincuenta etiquetas con el logo de la cooperativa. Las diseñó Yásnaya desde México.

Sacó una muestra. La etiqueta mostraba una mujer zapoteca de perfil, con un cafeto en una mano y una mazorca en la otra. Arriba, en letras que imitaban bordado: "Café Yaa Tao Xhon. Mujeres sembrando futuro."

—Está bonita —dijo Marisela—. ¿Y cuánto va a costar el café?

—Doscientos pesos el medio kilo. Orgánico certificado, comercio justo.

Hubo un murmullo de sorpresa. El año anterior vendían el café cereza a tres pesos el kilo a los intermediarios. Ahora iban a vender medio kilo procesado a doscientos. La diferencia era abismal.

—¿Y quién va a pagar eso? —preguntó Lucina.

—Ya tenemos tres compradores en Oaxaca capital. Dos cafeterías de especialidad y una tienda orgánica. La licenciada Lucrecia nos conectó con ellos. Van a comprar todo lo que produzcamos.

El trabajo continuó. Tostar, enfriar, moler, pesar, empacar, etiquetar. Para las diez de la mañana tenían listos los primeros veinte paquetes. Café tostado oscuro, molido fino, empacado en bolsas de papel kraft con la etiqueta pegada a mano.

Sicarú tomó uno de los paquetes y lo olió. Olía a humo de leña, a tierra mojada, a mañanas frías en la sierra. Olía a esfuerzo. Olía a dignidad.

—Este es nuestro café. Hecho por nosotras, de principio a fin. Ya no somos las que solo cortan. Ahora somos las dueñas de todo el proceso.

Las mujeres aplaudieron. Era un aplauso tímido pero sincero.

El problema llegó por la tarde.

Rufino, el esposo de Sicarú, apareció en la puerta del local. Traía el paso torpe y los ojos rojos. Había vuelto a beber.

—¿Aquí andas? Te estuve buscando en la casa.

—Estoy trabajando, Rufino. Vete a dormir.

—No quiero dormir. Quiero hablar contigo.

Sicarú salió del local para que las demás no escucharan. Rufino se recargó en la pared, casi cayéndose.

—Ya sé lo que pasa. Ahora tú ganas más que yo. Ahora tú eres la que manda. Por eso ya no me respetas.

—Rufino, no es el lugar ni el momento.

—¿Cuándo es el momento? Tú siempre estás ocupada. Con tu cooperativa. Con tus juntas. Con tus mujeres. Ya ni me pelas.

—No es que no te pele. Es que tú no haces más que beber. Cuando estés sobrio, hablamos.

Rufino dio un manotazo al aire.

—Siempre es lo mismo. Siempre es mi culpa. Pero nadie pregunta por qué bebo. Nadie pregunta cómo me siento yo viendo que mi esposa me dejó atrás.

—Yo no te dejé atrás. Tú solo te soltaste de mi mano.

Rufino iba a responder pero perdió el equilibrio. Sicarú lo sostuvo antes de que cayera.

Salió Delfina Bacab. La curandera había estado adentro ayudando con el empaque. Miró a Rufino con ojos que habían visto demasiadas borracheras.

—Llévalo a mi casa. Voy a prepararle un té.

Entre las dos lo arrastraron hasta la casita de Delfina. Lo recostaron en un petate. Delfina preparó una infusión de hierbas amargas.

—Tómese esto. Y luego se duerme.

Afuera, Sicarú se sentó en una piedra. Delfina se sentó a su lado.

—No sé qué hacer con él.

—No puedes hacer nada. Solo él puede decidir dejar de beber.

—Pero me duele verlo así. Rufino era buen hombre. Buen carpintero. Buen padre. El alcohol lo fue comiendo de a poco.

—El alcohol come a muchos. Pero también muchos dejan que los coma. Rufino tiene que decidir si quiere seguir siendo comido o si quiere pelear.

—¿Y si no pelea?

Delfina guardó silencio. Luego dijo algo que Sicarú no quería escuchar pero necesitaba:

—Entonces tú vas a tener que decidir si te hundes con él o si sigues nadando sola.

Sicarú volvió al local. Las mujeres seguían trabajando. Nadie preguntó nada pero todas sabían. En San Mateo Yucucuí no había secretos.

Esa noche, Sicarú llegó tarde a su casa. Rufino no estaba. Gaspar, su hijo de diecisiete años, estaba sentado en el portal.

—Mi papá está mal.

—Lo sé.

—Va a terminar matándose si sigue así.

—También lo sé.

Gaspar se quedó callado. Luego dijo:

—Yo me voy en dos meses. Ya quedé con un coyote. Me voy a cruzar.

Sicarú sintió que algo se le rompía en el pecho.

—¿Por qué, mijo? Las cosas están mejorando. La cooperativa está funcionando.

—Para ti está funcionando, mamá. Para mí no. Yo no quiero sembrar café toda la vida. Quiero tener dinero. Quiero comprarme una camioneta.

—Aquí puedes hacer eso. Con tiempo, con trabajo...

—No tengo tiempo. Tengo diecisiete años y ya me cansé de ver cómo todos se van y los que nos quedamos seguimos igual de pobres.

Sicarú no supo qué responder. Gaspar entró a la casa y cerró la puerta.

A la mañana siguiente llegó Lucrecia Popoca. Venía con buenas noticias.

—Ya tienen la certificación orgánica. Y la certificación de comercio justo. Ahora pueden vender como café premium.

Las mujeres celebraron. Era el resultado de ocho meses de trabajo.

—También conseguí un comprador nuevo. Una empresa en Puebla que exporta café mexicano a Europa. Quieren probar su producto. Si les gusta, les compran todo lo que produzcan.

—¿Cuánto pagan? —preguntó Petrona.

—Trescientos pesos el kilo. Pero quieren volumen. Al menos quinientos kilos mensuales.

Las mujeres se miraron. Quinientos kilos mensuales significaba procesar casi el triple de lo que procesaban ahora. Más trabajo. Más horas. Más organización.

—Lo podemos hacer —dijo Sicarú—. Si todas nos comprometemos, lo podemos hacer.

Votaron. Veinte a favor, tres en contra. Mayoría abrumadora.

Durante las siguientes semanas trabajaron como nunca. Cortaban café desde las cinco hasta el mediodía. Procesaban desde la tarde hasta la noche. Los fines de semana, el esposo de Dominga prestaba su camioneta para llevar el café a Oaxaca capital.

Los ingresos empezaron a llegar. Las primeras veintitrés mujeres ganaban ahora el triple. Algunas compraron estufas de gas. Otras mandaron a sus hijos a la secundaria. Una compró un tanque de agua.

Los hombres del pueblo empezaron a notar. Pero también hubo resentimientos.

Eusebio Martínez empezó a correr rumores. Que las mujeres estaban robando el café de sus esposos. Que la cooperativa era un fraude. Que pronto iban a quebrar.

Una tarde, Rufino apareció en el local. Venía sobrio. Traía en la mano una silla pequeña de madera tallada.

—La hice para la cooperativa. Para que la vendan si quieren.

Sicarú tomó la silla. Estaba perfectamente hecha. Madera de pino lijada suave, ensambles precisos, tallados delicados en el respaldo.

—Está hermosa, Rufino.

—Pensé que... que tal vez ustedes necesitan muebles. O que las pueden vender junto con el café. No sé. Solo quería ayudar.

Sicarú lo miró a los ojos. Por primera vez en meses, Rufino la miraba de vuelta sin vergüenza ni enojo.

—Gracias. La vamos a poner en el local para que la gente la vea.

Rufino asintió y se fue caminando despacio. Delfina, que había visto todo, se acercó a Sicarú.

—Es un inicio.

—¿Un inicio de qué?

—De que él entienda que esto no es contra él. Es por todos nosotros.

La silla se quedó en una esquina del local. Los clientes preguntaban por ella. En dos semanas la vendieron. En un mes, Rufino tenía pedidos de cinco sillas más.

Gaspar vio a su padre trabajando en el taller, sobrio, concentrado. Vio el dinero que ganaba. Vio cómo su madre lo trataba con respeto renovado.

Una noche le dijo a Sicarú:

—Voy a esperar. No me voy todavía.

—¿Por qué cambiaste de opinión?

—Porque vi a mi papá hacer algo que valía la pena. Y pensé que tal vez yo también puedo hacer algo que valga la pena aquí.

Sicarú lo abrazó sin decir nada.

En noviembre, Laura Santibáñez llegó a filmar para el documental. Grabó a las mujeres trabajando. Grabó las sillas de Rufino. Grabó a Gaspar ayudando en el taller.

—¿Cómo se siente? —le preguntó a Sicarú.

—Como si estuviera caminando sobre hielo delgado. Todo puede quebrarse en cualquier momento. Pero mientras no se quiebre, sigo caminando.

—¿Y si se quiebra?

—Entonces aprenderemos a nadar.

Esa noche hubo luna llena. Las mujeres se reunieron en el patio de la cooperativa. Trajeron comida: tamales, mole, chocolate. Celebraban ocho meses de trabajo.

Delfina bendijo la comida con una oración en zapoteco. Luego todas comieron y rieron y contaron historias.

Sicarú las miraba y sentía algo que no había sentido en años: esperanza.

No era esperanza ciega.

Era esperanza ganada con trabajo, con caídas, con lágrimas.

Pero era esperanza real.

Y por ahora, eso era suficiente.

Capítulo 9

"Compuertas abiertas"

Agosto de 2028. Diecinueve meses desde que Serafín Sandoval decidió trabajar limpio. El Distrito de Riego 011 Alto Río Lerma ya no parecía el mismo lugar. Los canales revestidos con concreto ya no perdían agua en las filtraciones. Las compuertas funcionaban con sistemas hidráulicos en lugar de palancas oxidadas. Y en dos mil cuatrocientas hectáreas, los aspersores giraban soltando agua en círculos perfectos sobre cultivos que antes morían de sed.

Sera llegó al campo de don Prudencio Macías a las siete de la mañana. El ejidatario tenía sesenta y un años y había sembrado maíz toda su vida en las mismas cuatro hectáreas. Estaba parado en medio de su parcela mirando las plantas con expresión de quien ve un milagro.

—Ingeniero, venga a ver esto.

Sera caminó entre las hileras. El maíz tenía dos metros de altura, las hojas verde oscuro, las mazorcas ya formadas y gruesas. En la parcela de al lado, donde el vecino todavía usaba riego rodado, el maíz apenas llegaba al metro y medio.

—¿Cuánta agua usó?

—La mitad de lo que usaba antes. Y mire nomás la diferencia.

Don Prudencio no exageraba. Los sensores de humedad mostraban que con la mitad del agua estaba produciendo el doble. El sistema de riego por goteo alimentaba directamente las raíces. Nada se desperdiciaba.

—¿Y cuánto le costó el sistema?

—Con el subsidio de ANDRI, yo puse dieciocho mil pesos. Lo voy a pagar en tres años con lo que me ahorro en agua y lo que gano de más en producción.

Sera revisó las lecturas del sensor en su tablet. Todo cuadraba. Los números no mentían.

—Don Prudencio, ¿se acuerda cuando llegué hace año y medio y usted me dijo que era otro ingeniero de ciudad que venía a robar?

El viejo se rascó la cabeza.

—Me acuerdo. Y le pido perdón por eso.

—No tiene que pedir perdón. Tenía razón en desconfiar. Yo mismo desconfiaba.

—¿Y ya no?

Sera miró los cultivos, los aspersores funcionando, el agua llegando a donde debía llegar.

—Ya no. Ahora creo que sí se puede hacer bien.

De regreso a las oficinas del distrito, Sera se topó con Jacinta Morales. La ingeniera de ANDRI traía su tablet y su expresión seria de siempre.

—Tenemos un problema —dijo sin saludar.

—¿Qué pasó?

—Esteban Vargas está saboteando los equipos.

Sera sintió que se le helaba la sangre.

—¿Cómo sabes?

—Tres sistemas de riego fallaron esta semana. Los tres en parcelas de usuarios que reportaron irregularidades el año pasado. Fui a revisarlos. Alguien aflojó las conexiones. Alguien que sabe cómo funcionan.

—¿Vargas?

—O alguien que trabaja para él. Tengo fotos. Mira.

Jacinta le mostró las imágenes. Conexiones sueltas, válvulas manipuladas, sensores arrancados. No era vandalismo al azar. Era sabotaje profesional.

—¿Qué quieres hacer?

—Denunciarlo. Tengo suficiente evidencia.

—Si lo denuncias, se va a poner peor. Va a ir contra ti, contra mí, contra los usuarios. Y tiene contactos en todas partes.

—¿Entonces dejamos que siga?

Sera guardó silencio. Llevaba doce años evitando confrontaciones. Doce años mirando para otro lado. Pero algo había cambiado en él. Ya no era el mismo hombre que aceptaba el robo como parte natural del sistema.

—No. No dejamos que siga. Pero lo hacemos bien. Documentamos todo. Construimos un caso sólido. Y cuando esté listo, lo presentamos.

Jacinta asintió.

—Voy a necesitar tu ayuda.

—La tienes.

Durante las siguientes semanas trabajaron en secreto. Documentaron cada sabotaje. Entrevistaron a usuarios. Cruzaron datos de horarios y accesos. Instalaron cámaras ocultas en los equipos más vulnerables.

Una noche, las cámaras captaron algo.

Esteban Vargas entrando a una parcela a las dos de la mañana. Manipulando un sistema de aspersión. Dañando intencionalmente las conexiones.

Sera vio el video tres veces. La evidencia era incontrovertible.

—¿Qué hacemos?

—Mañana hablamos con él. Los dos. Con el video. Le damos chance de renunciar antes de que lo denunciemos.

—¿Por qué darle esa oportunidad?

—Porque trabajé con él doce años. Porque sé que tiene familia. Porque hay una diferencia entre justicia y venganza.

A la mañana siguiente, Sera y Jacinta entraron a la oficina de Esteban Vargas. El director estaba sentado tras su escritorio revisando papeles. Levantó la vista con fastidio.

—¿Qué quieren?

Jacinta puso la tablet sobre el escritorio y reprodujo el video.

Esteban lo vio en silencio. Su cara no cambió de expresión. Cuando terminó, apagó la tablet.

—¿Y?

—Y está saboteando el proyecto —respondió Sera—. Está dañando equipos pagados con dinero público. Está perjudicando a campesinos que no te hicieron nada.

—Los campesinos siempre se han jodido. Yo solo acelero lo inevitable.

—¿Por qué? —preguntó Jacinta—. ¿Por qué hacer esto?

Esteban se recargó en su silla con una sonrisa amarga.

—Porque ustedes vinieron a cambiar las reglas a medio juego. Porque yo llevo treinta años jugando de una manera y de repente dicen que esa manera está mal. Porque si este proyecto funciona, yo quedo como el corrupto. Y si fracasa, ustedes quedan como los tontos. Yo prefiero que fracasen.

Sera sintió rabia pero la controló.

—Tienes dos opciones. Renuncias hoy y nos evitamos el escándalo. O presentamos la denuncia y terminas en la cárcel.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy dando una salida. Tómala o déjala.

Esteban se quedó pensando. Luego abrió un cajón y sacó un sobre.

—Aquí está mi renuncia. La escribí hace dos semanas. Sabía que esto iba a pasar.

Le extendió el sobre a Sera. La carta estaba fechada y firmada.

—¿Por qué no renunciaste antes?

—Porque quería joder un poco más antes de irme. Pero ya me aburrí. Este juego ya no es divertido.

Esteban se puso de pie, tomó su saco y caminó hacia la puerta. Antes de salir, volteó:

—Sera, tú y yo fuimos amigos. Pero elegiste el bando equivocado. Este sistema va a terminar triturándote. Dale dos años. Vas a estar tan quemado como yo.

—Tal vez. Pero al menos voy a estar quemado por hacer las cosas bien.

Esteban se fue sin responder.

Jacinta dejó salir el aire que había estado conteniendo.

—No pensé que fuera tan fácil.

—No fue fácil. Solo fue rápido. Esteban es corrupto pero no es tonto. Sabe cuándo una pelea está perdida.

Los siguientes meses fueron caóticos. Sin Esteban, la operación del distrito recayó completamente en Sera. Trabajaba catorce horas diarias. Supervisaba obras, atendía quejas, coordinaba con contratistas. Alma apenas lo veía.

Una noche llegó a casa a las once. Alma estaba despierta amamantando a la bebé. Habían tenido una niña en junio. Le pusieron Esperanza.

—¿Comiste?

—Compré unas tortas en el camino.

—Sera, así no puedes seguir. Te vas a enfermar.

—Solo hasta que llegue el nuevo director. Me prometieron que en dos meses.

Alma lo miró con ojos cansados.

—¿Vale la pena? ¿De verdad vale la pena tanto sacrificio?

Sera se sentó a su lado. La bebé dormía con la boca entreabierta.

—Hace un año no te hubiera sabido responder. Pero hoy sí. Sí vale la pena. Porque por primera vez en mi vida estoy construyendo algo que va a durar. Algo que va a ayudar a gente que de verdad lo necesita.

Alma recargó la cabeza en su hombro.

—Está bien. Pero al menos descansa los domingos. Por favor.

Sera prometió que lo haría. Y cumplió.

En octubre llegó el nuevo director: un ingeniero joven de Querétaro sin vínculos con la vieja guardia. Sera lo puso al corriente en dos semanas.

—Has hecho un trabajo impresionante.

—No fui solo yo. Fue Jacinta, fueron los técnicos, fueron los usuarios que creyeron. Yo solo coordiné.

En noviembre, don Prudencio fue electo presidente de la Asociación de Usuarios del distrito. Su primera acción fue implementar asambleas mensuales de transparencia. Cada peso gastado, cada obra realizada, cada problema detectado se discutía abiertamente.

—Si no sabemos a dónde va el dinero, nos lo van a volver a robar —dijo don Prudencio en la primera asamblea—. Así que vamos a estar encima de todo.

Sera asistió como invitado. Don Prudencio lo presentó:

—Este es el ingeniero Sandoval. Hace dos años no le creía nada. Hoy le creo todo. Porque demostró con hechos, no con palabras.

La gente aplaudió. Sera sintió algo extraño en el pecho. Orgullo, tal vez. O satisfacción. O simplemente el alivio de saber que había hecho lo correcto.

Después de la asamblea, don Prudencio lo invitó a su casa a comer. Su esposa había preparado mole con pollo. Comieron en el patio, bajo un árbol de níspero.

—¿Se acuerda cuando me ofreció meterme al sistema de Vargas? —preguntó don Prudencio.

Sera casi se atraganta.

—¿Cómo supo?

—Porque a mí también me lo ofreció. Me dijo que si yo callaba sobre las irregularidades, me daba preferencia en el agua. Le dije que no.

—¿Por qué no?

—Porque mis hijos me enseñaron a leer de grande. Y lo primero que leí fue la Constitución. Dice que el agua es de la nación. No de los funcionarios. No de los intermediarios. De todos. Y yo quiero que mis nietos tengan agua. No se puede tener agua si todos están robando.

Sera asintió en silencio.

—¿Usted tiene hijos, ingeniero?

—Tres. La más chica acaba de nacer.

—Entonces trabaje para que ellos tengan agua. Eso es lo único que importa.

En diciembre llegó una oferta del sector privado. Una empresa de agronegocios en Sinaloa buscaba gerente de operaciones. Ofrecían el triple de su salario actual, prestaciones superiores, vivienda incluida.

Sera le mostró la oferta a Alma.

—Es mucho dinero.

—Lo es.

—¿La vas a aceptar?

Sera dobló la carta y la guardó en un cajón.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque por primera vez en mi vida estoy construyendo algo que va a durar. Algo que va a estar aquí cuando yo ya no esté. Si me voy ahora, todo puede venirse abajo.

Alma lo abrazó.

—Entonces no te vayas.

Esa noche, Sera salió al patio con Esperanza en brazos. La bebé tenía cuatro meses y miraba todo con ojos enormes. Sera le habló en voz baja:

—Algún día te voy a traer al distrito. Te voy a enseñar las parcelas que tienen agua gracias a este proyecto. Y te voy a contar que tu papá estuvo a punto de ser corrupto. Pero decidió no serlo. Y esa decisión cambió todo.

La bebé bostezó. Sera sonrió.

No sabía si Esperanza entendía.

Pero él necesitaba decirlo en voz alta.

Porque después de doce años dormido, finalmente había despertado.

Y no pensaba volver a dormir.

Capítulo 10

"El cerco se cierra"

Noviembre de 2028. Veinte meses desde que Hernando Valadez Visconti intentó montar el esquema de siempre y se topó con un sistema que no lo permitía. Veinte meses buscando fisuras en una estructura diseñada precisamente para no tenerlas. Veinte meses durmiendo cada vez peor, despertando a las tres de la madrugada con el corazón acelerado, inventando excusas para Gabriela sobre el estrés del trabajo.

Y ahora, sentado en su oficina mientras el reloj marcaba las once de la noche, supo con certeza absoluta que el juego había terminado.

Mónica Salazar lo había encontrado todo.

El informe descansaba sobre su escritorio como una sentencia de muerte: ciento cincuenta páginas de evidencia meticulosamente documentada. Sobreprecios del dieciocho por ciento en tractores. Semillas de calidad inferior comercializadas como premium. Capacitaciones con asistencias infladas. Obras fantasma camufladas como proyectos reales. Trescientos cuarenta millones de pesos en irregularidades que llevaban su firma, su aprobación, su complicidad.

Cada página era un clavo en su ataúd.

No era el fraude masivo y descarado que había planeado originalmente, cuando ANDRI era apenas un proyecto en papel y él se imaginaba embolsándose cien millones limpios. Esto era más sofisticado, más sutil, más difícil de detectar. Los sobreprecios eran apenas del veinte por ciento, no del trescientos. Las semillas sí estaban certificadas, solo que de segunda calidad. Las capacitaciones sí se habían dado, solo que con instructores incompetentes.

Pero Mónica había dedicado veinte meses a rastrearlo. Veinte meses comparando precios de mercado, analizando calidad de insumos, entrevistando beneficiarios, cruzando datos. Y lo había encontrado.

Todo.

El teléfono sonó, cortando el silencio de la oficina vacía. Era Ernesto Cuevas.

—¿Ya viste el informe? —la voz de su cómplice temblaba como las manos de un alcohólico en abstinencia.

—Lo estoy viendo.

—Hernando, tenemos que hablar. Esto es muy grave. Muy grave.

—Ya sé que es grave.

—La Fiscalía Anticorrupción ya tiene copia. La ASF también. El gobernador me habló hace una hora. Está furioso. Dice que lo hicimos quedar mal. Que va a deslindar responsabilidades.

Hernando sintió una risa amarga subiéndole por la garganta. Deslindar responsabilidades. Esa era la frase elegante para decir: "los voy a entregar para salvar mi pellejo".

—Van a venir por nosotros —continuó Ernesto—. Mañana, pasado, esta semana. Pero van a venir.

Hernando colgó sin responder. Necesitaba pensar, pero el cansancio le nublaba la mente como niebla espesa. Llevaba dos noches sin dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía columnas de números, facturas, firmas.

Sacó del cajón inferior una botella de whisky escocés Buchanan's de dieciocho años. La misma botella que había abierto para celebrar el contrato de ANDRI veinte meses atrás. Quedaba menos de la mitad. Se sirvió un vaso generoso sin hielo. Lo vació de un trago que le quemó la garganta y el pecho. Luego se sirvió otro.

El celular vibró contra la madera del escritorio. Un mensaje de Anselmo Velázquez: "Me voy del país. Vuelo sale mañana. No me busques. Borra mi número."

Hernando sintió que el nudo en su garganta se apretaba hasta impedirle respirar. Anselmo huyendo significaba que el cerco ya no era una amenaza abstracta, algo que podía manejarse con abogados y contactos. Era realidad concreta, inmediata, inevitable.

Comenzó a guardar documentos en su maletín de cuero italiano que le había costado veintidós mil pesos: contratos que lo comprometían, facturas firmadas con su rúbrica, correos electrónicos impresos. Su primer instinto fue destruirlo todo, prenderle fuego, hacerlo desaparecer en el incinerador del estacionamiento.

Pero ¿de qué servía?

Mónica tenía copias digitales de cada transacción. El maldito sistema de ANDRI guardaba todo en la nube, inmutable, eterno, incriminatorio. Cada firma escaneada. Cada correo respaldado. Cada pago rastreado.

El sistema que él había usado durante quince años para robar ahora lo estaba usando para atraparlo.

Salió de la oficina poco después de medianoche. El edificio estaba vacío. Sus pasos resonaban en el pasillo de mármol. El guardia de seguridad le dio las buenas noches con el mismo respeto de siempre, sin saber que estaba saludando a un hombre muerto.

Las calles de la ciudad estaban desiertas, iluminadas por farolas que proyectaban sombras distorsionadas sobre el pavimento mojado. Había llovido temprano y el aire olía a tierra húmeda y ozono. Hernando manejó sin rumbo durante una hora, dejando que el auto lo llevara donde quisiera. Por la avenida principal. Por el bulevar que bordeaba el río. Por calles residenciales donde las casas dormían con las luces apagadas.

Terminó en un mirador en las afueras, el mismo mirador donde había llevado a Gabriela cuando eran novios, treinta años atrás. Contempló las luces del valle extendidas como un firmamento invertido. Miles de luces. Cientos de miles. Millones. Cada una representando una vida, una historia, un sueño.

Y él había robado para brillar más que todas ellas.

El celular vibró otra vez. Esta vez era un mensaje de Rodrigo, su hijo: "Papá, necesitamos hablar. Es urgente. Por favor."

Hernando miró el mensaje durante largo rato. Sus dedos se movieron para responder pero no encontraron palabras. ¿Qué iba a decirle? ¿Cómo explicarle lo inexplicable?

Guardó el celular sin contestar.

Regresó a casa pasadas las dos de la madrugada. La casa que había comprado con dinero robado. La casa de cuatro recámaras en la zona residencial más cara de la ciudad. La casa con jardín, alberca, estudio, cochera para tres autos.

Gabriela estaba despierta en la sala, envuelta en su bata de felpa azul, con el rosario de cuentas negras entre los dedos. Sus labios se movían en silencio. Rezaba.

—¿Dónde estabas? Te llamé veinte veces.

—Manejando.

—¿Qué está pasando, Hernando? Rodrigo vino esta tarde. Dijo que necesitaba hablar contigo urgentemente. Se veía muy serio. Preocupado.

—¿Qué quería?

—No me dijo nada. Pero dejó unos papeles en tu estudio.

Hernando subió las escaleras sintiendo que cada escalón pesaba una tonelada. Sus piernas apenas lo sostenían. Entró al estudio donde solía refugiarse a leer los fines de semana, donde tenía su colección de primeras ediciones de autores mexicanos, donde guardaba los puros cubanos que fumaba en ocasiones especiales.

Sobre el escritorio de caoba había una carpeta manila. La abrió con manos que ya comenzaban a temblar.

Dentro había copias de contratos. Los mismos contratos que Mónica había documentado en su informe demoledor. Pero estos tenían anotaciones manuscritas en los márgenes con letra roja. Reconoció de inmediato la letra angular y precisa de Rodrigo. Notas técnicas. Señalamientos legales. Evidencia de sobreprecio.

Y había una nota escrita en una hoja con membrete del despacho Córdova & Asociados, donde su hijo trabajaba:

"Papá:

Estos documentos llegaron a mi despacho esta semana. Un cliente los presentó como evidencia en un caso de probidad administrativa contra funcionarios del estado. Cuando los revisé para preparar la demanda, reconocí tu firma.

Necesito que me expliques qué significa esto. Necesito que me digas que hay un error, que hay una explicación, que alguien falsificó tu firma. Por favor, necesito que me digas eso.

Porque si no hay explicación, entonces todo lo que me enseñaste sobre honestidad, sobre servicio público, sobre hacer las cosas bien, era mentira.

Por favor, llámame.

Rodrigo"

Hernando sintió que el suelo se abría bajo sus pies como una grieta en un terremoto.

Rodrigo trabajaba en uno de los despachos más prestigiosos de probidad administrativa del estado. Su especialidad era precisamente perseguir la corrupción en el servicio público. Había estudiado derecho porque su padre le había dicho que el servicio público era noble. Que había que combatir la corrupción. Que México necesitaba gente honesta.

Y ahora tenía en sus manos la evidencia irrefutable de que su propio padre era corrupto.

Hernando se dejó caer en el sillón de cuero con la carpeta todavía entre las manos. Sintió algo quebrándose en su pecho. No dolor físico sino algo peor. Vergüenza. La vergüenza de que tu hijo te vea como realmente eres.

No había salida posible. No había excusa creíble. No había forma de explicar lo inexplicable ni de justificar lo injustificable.

Se quedó sentado en la oscuridad durante horas. No prendió la luz. No se movió. Solo sostuvo la carta de su hijo entre las manos y dejó que las lágrimas corrieran en silencio.

A la mañana siguiente, cuando apenas clareaba el día y la luz gris del amanecer empezaba a filtrarse por las ventanas, tocaron a la puerta con golpes secos y autoritarios. Hernando supo de inmediato quiénes eran.

Gabriela abrió en bata, todavía con los ojos hinchados de llorar toda la noche. Eran agentes de la Fiscalía Anticorrupción con chalecos que decían "PERITO" en letras amarillas fluorescentes.

—¿El licenciado Hernando Valadez Visconti?

Hernando bajó en pijama y pantuflas. Gabriela lo miraba desde el recibidor sin comprender todavía la magnitud completa de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué quieren?

—Tenemos orden de cateo por presunto peculado y asociación delictuosa. Necesitamos revisar esta casa y su oficina.

Gabriela se llevó las manos a la boca, ahogando un grito que le subía desde el estómago.

—¿De qué hablan? ¿Qué está pasando aquí? Hernando, diles que esto es un error.

Pero Hernando no dijo nada.

Los agentes entraron como una inundación. Revisaron cada habitación, cada rincón, cada espacio íntimo de esa casa que había sido su refugio durante veinticuatro años. Abrieron cajones, archiveros, clósets. Fotografiaron todo. Etiquetaron evidencia. Se llevaron computadoras, documentos, teléfonos celulares, discos duros externos, memorias USB, tabletas.

Gabriela los seguía de cuarto en cuarto, temblando, sin entender.

El cateo duró cuatro horas que transcurrieron con la lentitud espesa de una pesadilla. Los vecinos se asomaban por las ventanas. Algunos sacaban fotos con sus celulares. La vergüenza pública. El escándalo. Todo lo que Hernando había temido toda su vida.

Cuando finalmente los agentes se fueron con cajas llenas de evidencia, Gabriela se sentó en el sofá de la sala, temblando de pies a cabeza. El rosario seguía en su mano.

—¿Es verdad? ¿Hiciste lo que dicen?

Hernando no podía mirarla a los ojos. Por primera vez en veinticuatro años de matrimonio, por primera vez desde que la conoció en una fiesta universitaria y se enamoró de su risa, fue incapaz de sostener su mirada.

—Gabriela...

—¿Es verdad o no? —la voz de su esposa se quebró en esa pregunta que exigía una respuesta honesta.

Hernando podría haber mentido. Podría haber dicho que era un error, que lo estaban inculpando injustamente, que él era víctima de una persecución política. Pero ya no le quedaba energía para mentir.

—Sí. Es verdad.

Ella empezó a llorar, pero no era el llanto suave de la tristeza. Era el llanto violento de la rabia, de la traición, del mundo derrumbándose en pedazos.

—¿Por qué, Hernando? Teníamos todo. Buena casa, buenos autos, los niños en buenas escuelas. Comida en la mesa. Vacaciones cada año. ¿Por qué necesitabas más?

—No era por necesidad. Era por...

—¿Por qué? —gritó, y fue la primera vez en veinticuatro años que le gritaba.

Hernando buscó en su interior una respuesta que tuviera sentido. Había mil razones y ninguna al mismo tiempo. Codicia, costumbre, arrogancia. Porque podía hacerlo. Porque todos lo hacían. Porque el sistema lo permitía y hasta lo esperaba. Porque quería que sus hijos nunca conocieran la pobreza que él había conocido. Porque quería demostrarle a su padre muerto que él sí había triunfado.

Pero ninguna de esas razones sonaba aceptable cuando se pronunciaba en voz alta frente a la mujer que había confiado en él durante veinticuatro años.

—No lo sé —admitió finalmente, con una honestidad brutal que llegaba demasiado tarde—. Simplemente lo hice.

Gabriela se levantó del sofá con movimientos rígidos, mecánicos, como una muñeca de porcelana quebrándose.

—Vete de esta casa. No quiero verte.

—Gabriela, por favor...

—Vete antes de que llame yo misma a la policía. Vete antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

Hernando subió a la recámara. Empacó una maleta pequeña con lo esencial: ropa interior, camisas, pantalones, artículos de baño. Se vistió en silencio. Gabriela no subió a despedirse.

Se fue a un hotel cerca del centro. Un hotel de paso donde nadie lo conocía. Desde una habitación impersonal que olía a desinfectante y tenía manchas en la alfombra, llamó a su abogado.

El licenciado Gamboa fue contundente:

—El caso es sólido, Hernando. Tienen evidencia documental, electrónica y testimonial. Mónica Salazar hizo un trabajo impecable. Lo mejor que podemos hacer es negociar una delación premiada. Si cooperas, tal vez reduzcas la sentencia a la mitad.

—¿Cooperar cómo?

—Entregando información sobre otros funcionarios involucrados. Nombres, cuentas bancarias, mecanismos de operación. El sistema completo. Todo lo que sepas.

—¿Quieres que delate a Ernesto?

—Quiero que salves tu pellejo. Ernesto ya está negociando su propia delación. Su abogado me llamó ayer. Te va a entregar primero si tú no te adelantas.

Hernando colgó sin responder. Marcó el número de Ernesto Cuevas. El teléfono sonó en el vacío. Una. Dos. Tres veces. Buzón de voz.

Marcó otra vez. Nada.

Ernesto ya había decidido salvarse.

Dos días después, la noticia explotó en todos los periódicos y noticieros: "Subsecretario de Desarrollo Rural bajo investigación por desvío de 340 millones de pesos." Había fotografías de Hernando llegando a declarar con cara de culpable, de las oficinas cateadas con agentes sacando cajas, de documentos confiscados exhibidos como trofeos.

Su nombre en titulares. Su cara en pantallas. Su vergüenza exhibida para que todo el país la viera.

Rodrigo no contestaba sus llamadas.

Gabriela había cambiado las cerraduras de la casa.

Los amigos de toda la vida dejaron de responder mensajes.

Su hermana, que vivía en Monterrey, le mandó un mensaje de dos palabras: "No llames."

En una semana exacta, Hernando Valadez Visconti pasó de ser un funcionario respetado y bien conectado, un hombre con futuro político, un padre de familia exitoso, a un paria social, un nombre que la gente pronunciaba con desprecio, un ejemplo de todo lo que estaba mal con el país.

Y lo peor, lo que le dolía más que la cárcel que se aproximaba, más que el dinero que perdería, más que la casa y el prestigio y los amigos, era la carta de Rodrigo que todavía llevaba en su maleta:

"Todo lo que me enseñaste sobre honestidad era mentira."

Esa era la verdad que finalmente no podía negar.

Esa era la verdad que lo destruía más que cualquier sentencia.

Capítulo 11

"Cruces imposibles"

Octubre de 2029. Treinta meses habían transcurrido desde que el profesor Epifanio Robles dejó sus veintitrés variedades de maíz criollo en manos del doctor Armando Villegas. Treinta meses de cruzas meticulosas, siembras pacientes, esperas que se hacían eternas, fracasos que lastimaban el orgullo científico. Y ahora, en el campo experimental de Celaya, bajo un sol de media mañana que calentaba sin quemar, estaba finalmente la prueba tangible de que todo ese esfuerzo había valido la pena.

Armando caminaba entre las hileras de plantas con una libreta de campo en la mano. A su lado, el doctor Luis Ángeles Cruz tomaba medidas con instrumentos digitales que emitían pitidos suaves. Más atrás, la ingeniera Fabiola Reyes hacía anotaciones en su tablet, documentando cada observación con fotografías.

—Parcela siete, variedad Tláloc-1. Estrés hídrico del sesenta por ciento. Cincuenta días consecutivos sin riego. Y mira esto.

Luis señaló las plantas con gesto reverencial. Tenían casi dos metros de altura. Las hojas mostraban señales de sequía en las puntas—ese amarillamiento característico que indica sed—, pero el tallo central seguía firme, verde, vigoroso. Y lo más impresionante: las mazorcas estaban completamente formadas, gruesas como antebrazos.

—En la parcela de control, sometida a la misma sequía, las plantas están muertas desde hace tres semanas. Aquí están vivas. No solo vivas: están produciendo.

Armando cortó una mazorca con la navaja que siempre llevaba en el bolsillo. Los granos eran de un color café rojizo profundo, como los del maíz "cola de zorra" que el profesor Epifanio había cultivado durante décadas. Pero estos eran más grandes, más uniformes. La cruza había funcionado.

—¿Cuál es el rendimiento estimado por hectárea?

Fabiola revisó las proyecciones en su tablet.

—Seis toneladas por hectárea en condiciones de sequía severa. Los híbridos comerciales actuales dan apenas cuatro toneladas con riego completo y fertilización intensiva. Estamos cuarenta por ciento arriba con cincuenta por ciento menos agua.

Luis soltó una risa nerviosa. Mitad alegría, mitad incredulidad.

—Treinta años buscándolo. Y finalmente lo logramos.

Armando no celebró. Había aprendido, a través de dos décadas de fracasos, a no celebrar hasta estar completamente seguro.

—Falta replicar los resultados en condiciones reales. Necesitamos sembrar en cinco regiones diferentes. Hay que confirmar que funciona en distintos tipos de suelo, climas, altitudes. Necesitamos al menos dos ciclos más de pruebas antes de liberar esto.

—Eso va a tardar dos años más como mínimo.

—Que tarde lo que tenga que tardar. No vamos a liberar una variedad sin estar absolutamente seguros de que funciona. No después de todo lo que costó llegar hasta aquí.

Regresaron al laboratorio cuando el sol ya calentaba demasiado. Ahí los esperaba el profesor Epifanio, sentado en una silla de plástico junto a la puerta. Había venido en autobús desde su pueblo en Guanajuato. Cinco horas de viaje. Tenía setenta y tres años ahora y caminaba con lentitud, pero sus ojos seguían brillando con curiosidad infantil.

—¿Funcionó?

—Funcionó. Su maíz "cola de zorra" tenía exactamente los genes que buscábamos. Lo cruzamos con un híbrido moderno y el resultado es esto.

Le mostró la mazorca. Epifanio la tomó con manos que temblaban ligeramente, acariciándola como quien toca una reliquia sagrada.

—Se parece a la que cultivaba mi abuelo. Pero más grande, más llena.

—Es porque conserva lo mejor de ambos mundos. La resistencia ancestral del criollo con la productividad del híbrido moderno. Lo que buscábamos desde el principio.

Epifanio se quedó mirando la mazorca durante un largo rato. Luego levantó la vista.

—¿Y ahora qué va a pasar con esto? ¿La van a patentar?

Luis y Armando intercambiaron una mirada incómoda. Era la pregunta que habían estado evitando durante meses.

—Tenemos que hablar de eso con honestidad. El INIIA invirtió millones de pesos en este proyecto. Si no recuperamos algo de esa inversión, no va a haber presupuesto para continuar investigando. La patente es la única forma de asegurar sostenibilidad financiera.

—¿Y los campesinos? Si la patentan, ¿van a tener que pagar por usarla? ¿Van a tener que pedirle permiso a alguien para sembrar lo que sus abuelos sembraron gratis?

—Podemos diseñar una licencia especial diferenciada. Los pequeños productores la usan sin costo. Los grandes agroindustriales pagan regalías. Ese dinero financia más investigación que beneficia a todos.

—Pero sigue siendo patente, ¿verdad? Sigue siendo convertir una semilla en propiedad privada. Sigue siendo ponerle precio a algo que la naturaleza dio gratis.

Armando intervino, eligiendo sus palabras con cuidado:

—Profesor, entiendo su preocupación y la respeto. Pero las cosas han cambiado. Ya no somos un instituto pobre sobreviviendo con presupuestos miserables. Tenemos recursos ahora, pero esos recursos tienen que justificarse con resultados medibles.

Epifanio negó con la cabeza.

—Mi abuelo cuidó esas semillas toda su vida. Mi padre las cuidó después. Yo las cuidé durante setenta años. Y se las presté a ustedes porque me dijeron que iban a ayudar a los campesinos. No porque iban a hacer un negocio.

—No es hacer negocio. Es sustentabilidad financiera. Es la única manera de asegurar que esto continúe. Sin recursos, no hay investigación. Sin investigación, no hay nuevas variedades. Sin nuevas variedades, el campo se estanca.

—Nada es tan simple cuando se trata de semillas. Nada.

El silencio que siguió fue denso, incómodo. Armando sentía el peso de treinta años de trabajo sobre sus hombros. Luis tamborileaba nerviosamente los dedos sobre la mesa. Fabiola miraba por la ventana.

Finalmente, Armando rompió el silencio:

—Dennos un tiempo para discutirlo entre nosotros. Vamos a buscar una solución que funcione para todos. No voy a tomar una decisión sin pensarlo bien.

Epifanio asintió, se despidió con un apretón de manos firme y salió del laboratorio con pasos lentos pero dignos. Cuando la puerta se cerró, Luis explotó:

—¡No puede ser que después de todo este trabajo tengamos que regalar el resultado como si fuera caridad!

—No estamos regalando nada. Estamos cumpliendo una promesa que hicimos.

—¿Qué promesa? ¿Cuándo prometimos eso?

—Le prometimos que las semillas nunca se venderían como mercancía. Que nunca se patentarían. Que nunca le prohibirían a un campesino guardar semilla. ¿Ya se te olvidó esa conversación?

—Eso fue hace dos años, Armando. Las cosas cambiaron.

—Las cosas cambiaron para nosotros, para el instituto, para el presupuesto. No para él. Él sigue siendo el mismo campesino que guardó esas variedades toda su vida confiando en que alguien las usaría bien.

Luis se dejó caer en una silla.

—¿Y entonces qué hacemos?

Armando miró por la ventana hacia el campo experimental. El maíz Tláloc-1 se mecía con la brisa como un mar verde.

—Vamos a hacer lo correcto. Aunque cueste. Aunque duela. Vamos a hacer lo correcto.

Capítulo 12

"Entre el fracaso y el milagro"

Julio de 2030. Cuarenta y dos meses documentando cada rincón de México Rural Próspero. Cuatrocientas treinta horas de material grabado. Doscientas ochenta y seis entrevistas. Treinta y dos mil kilómetros recorridos por dieciocho estados. Y después de todo ese trabajo, Laura Santibáñez Cordero no sabía con certeza si lo que había documentado era una transformación real o el espejismo más elaborado que había visto en veinte años de periodismo.

Estaba en su departamento de la Ciudad de México, rodeada de caos organizado: discos duros apilados como torres, notas desordenadas, tazas de café frío marcando las horas de trabajo. Iván había llegado temprano esa mañana con más material de Oaxaca.

—Mira esto. Sicarú explicándole a un grupo de hombres del pueblo cómo funciona el modelo cooperativo. Hace dos años ni siquiera la dejaban hablar en las asambleas. Las mujeres se quedaban afuera, en silencio.

Laura vio el video. Sicarú hablaba con autoridad natural. Los hombres la escuchaban con respeto genuino.

—Ahora mira esto otro. El mismo pueblo, tres meses después. La mitad de las familias empacando maletas para migrar porque las remesas que envían los que ya se fueron valen más que cualquier cosecha de café.

Laura sintió ese nudo familiar en el estómago. Por cada historia de éxito había una de fracaso. Por cada cooperativa funcionando había tres que nunca despegaron. Por cada distrito de riego modernizado había dos abandonados a medio camino.

—¿Qué estamos documentando realmente, Iván? ¿Un proyecto que funciona o un proyecto que finge funcionar cuando hay cámaras?

—No lo sé, Laura. Por eso eres tú quien tiene que decidir cómo contar esta historia.

Laura caminó hacia la ventana. Afuera, la Ciudad de México se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Millones de personas que nunca habían pisado un rancho. Que compraban jitomates sin preguntarse de dónde venían. Que pensaban que la leche nacía en cartones.

Su celular sonó. Era Pablo Ruiz, el activista ambiental.

—Laura, necesito hablar contigo.

—¿De qué?

—De tu documental. Me llegaron rumores de que lo estás haciendo muy complaciente con el gobierno. Que estás mostrando solo los éxitos.

—¿Quién te dijo eso?

—No importa quién. ¿Es cierto o no?

Laura sintió que la rabia le subía por el pecho.

—No, Pablo. No es cierto. Estoy mostrando todo lo que he visto. Lo bueno, lo malo y todo lo que está en medio, que es la mayor parte.

—¿Estás segura? Porque conozco tu trabajo. Y sé que a veces te enamoras de tus historias. Pierdes la perspectiva crítica.

—No estoy enamorada de nada. Estoy confundida. Que es muy diferente.

—¿Confundida de qué?

—De si esto es real o teatro montado. De si las cooperativas funcionan genuinamente o solo funcionan cuando hay cámaras. De si los funcionarios son honestos por convicción o solo mientras alguien los observa.

Pablo guardó silencio durante varios segundos.

—¿Sabes qué es lo más peligroso del desarrollismo verde, Laura? Que funciona lo suficiente como para no parecer un fracaso total. Que mejora un poco las cosas sin cambiar las estructuras de poder. Que les da a los campesinos migajas mientras las corporaciones se quedan con el pastel.

—¿Y tú crees que eso es lo que está pasando?

—Creo que hay que ser muy cuidadosos. Porque si tu documental le da legitimidad a un proyecto mediocre, vas a ser cómplice de que ese proyecto siga siendo mediocre.

Colgó sin despedirse. Laura se quedó con el teléfono en la mano.

Iván la observaba desde su lugar.

—¿Qué dijo Pablo?

—Que estamos siendo demasiado suaves. Que el proyecto es desarrollismo verde disfrazado. Que vamos a terminar siendo propaganda gubernamental.

—¿Tú crees que tiene razón?

Laura revisó sus notas de tres años. Ana Lilia con su rancho transformado. Sera redimido. Sicarú construyendo su cooperativa. Hernando pudriéndose en la cárcel. Armando eligiendo la ética sobre el dinero.

Historias reales de gente real produciendo cambios reales.

Pero también: programas que fracasaron, recursos desperdiciados, resistencias culturales imposibles de vencer, sabotajes políticos, corrupción que seguía viva aunque más escondida.

—No sé qué creo. Esa es la verdad más honesta que puedo darte.

Esa noche el sueño no llegó. Se quedó acostada viendo el techo. En algún momento de la madrugada tomó su laptop y empezó a escribir:

"Después de tres años y medio documentando México Rural Próspero, la pregunta que me hacen todos es siempre la misma: ¿funciona o no funciona? Y después de todo este tiempo, todavía no tengo una respuesta clara. Porque ahora entiendo que la pregunta está mal planteada.

No es blanco o negro. No es fracaso o milagro. Es algo infinitamente más complicado, más humano, más real.

He visto ganaderas transformar ranchos moribundos en modelos de sustentabilidad. He visto ingenieros corruptos redimirse. He visto mujeres

indígenas construir empresas donde antes solo había pobreza. He visto científicos elegir la ética sobre el dinero.

Pero también he visto programas mal implementados. Recursos desperdiciados. Funcionarios que siguen robando con más sofisticación. Comunidades divididas. Jóvenes que prefieren migrar.

¿Entonces? ¿Funciona o no funciona?

Funciona imperfectamente. Funciona a pesar de todo. Funciona porque hay gente extraordinaria que decidió que funcionara, no porque el sistema esté diseñado para funcionar solo.

Y eso es lo más esperanzador y lo más preocupante al mismo tiempo.

Esperanzador porque prueba que la transformación es posible cuando hay voluntad, recursos y seguimiento.

Preocupante porque depende de individuos excepcionales en lugar de sistemas robustos. ¿Qué va a pasar cuando Ana Lilia se canse? ¿Cuándo Sera sea transferido? ¿Cuándo Sicarú envejezca? ¿Cuándo cambie el gobierno?

No lo sé. Nadie lo sabe. Este proyecto tiene apenas tres años. Fue planeado para quince. Estamos apenas comenzando.

Por ahora, lo único que puedo decir con certeza es esto: algo está cambiando en el campo mexicano. No todo. No para todos. No al ritmo que prometieron los políticos. Pero algo profundo se está moviendo.

Y mi trabajo no es juzgar si ese movimiento es suficiente. Mi trabajo es documentarlo con honestidad brutal. Para que en diez, veinte, cincuenta años, alguien pueda ver estos videos y entender qué pasó realmente. No la versión oficial. No la versión demoledora de los críticos. La versión compleja, contradictoria, frustrante y esperanzadora de lo que realmente sucedió."

Guardó el texto en un archivo titulado "Reflexiones - No usar todavía". No sabía si lo usaría en el documental. Pero necesitaba escribirlo para aclarar sus propias ideas.

Capítulo 13

"La cosecha del conocimiento"

Mayo de 2033. Seis años completos desde que el profesor Epifanio Robles dejó sus semillas ancestrales en manos de la ciencia institucional. Y ahora, a sus sesenta y ocho años, Armando Villegas miraba por la ventana del autobús los campos infinitos de Guanajuato y veía algo que nunca había imaginado posible.

Maíz. Kilómetros y kilómetros de maíz Tláloc-1 creciendo vigoroso en parcelas que seis años atrás producían casi nada. Verde oscuro bajo el sol. Tallos firmes. Mazorcas gruesas. Vida donde antes solo había sequía.

—Dos millones trescientas mil hectáreas sembradas. Es más de lo que proyectamos en nuestros modelos más optimistas.

Luis Ángeles Cruz estaba sentado a su lado. Tenía cuarenta y dos años ahora. Dirigía el programa completo de mejoramiento genético del INIIA y coordinaba a ochenta investigadores en doce estados. Había cambiado desde aquellos días de impaciencia juvenil. Había aprendido que las semillas tienen su propio tiempo.

—¿Y el modelo de licencia abierta? ¿Funcionó realmente?

—Funcionó mejor de lo que esperábamos. Las empresas han pagado ciento veinte millones de pesos en regalías. Ese dinero financió el desarrollo de otras cuatro variedades: frijol resistente a sequía, trigo tolerante a salinidad, sorgo de ciclo corto, cebada adaptada para zonas frías.

—¿Y los campesinos? ¿Están guardando semilla?

—El ochenta y siete por ciento lo hace. Compran la semilla certificada la primera vez, luego guardan parte de su cosecha para resembrar. Exactamente como siempre han hecho.

El autobús se detuvo en un pueblo pequeño. Bajaron con sus mochilas. Los esperaba Fabiola Reyes con una camioneta prestada. Fabiola tenía treinta y cuatro años y había fundado dos años atrás la Red Nacional de Guardianes de Semillas: quince estados, doscientas comunidades, dos mil cuatrocientas variedades nativas conservadas.

—Van a querer verlo con sus propios ojos. No hay palabras que le hagan justicia.

Llegaron al ejido donde vivía el profesor Epifanio. O donde había vivido. Porque Epifanio había muerto seis meses atrás, a los ochenta y tres años, durante el sueño, justo después de levantar una cosecha abundante.

La comunidad había convertido su casa en un centro comunitario de conservación de semillas. Adentro, en anaqueles de madera que Epifanio mismo había construido, estaban las veintitrés variedades originales más otras setenta que la comunidad había ido recolectando.

Los recibió el sobrino de Epifanio, un hombre de cuarenta años llamado Marcelo.

—Mi tío dijo que si ustedes venían, les mostrara esto con cuidado.

Los llevó al patio trasero. Ahí, en media hectárea de tierra bien trabajada, crecían las veintitrés variedades originales. Cada una en su propia parcela. Cada una con un letrero de madera con el nombre escrito a mano.

—Mi tío las sembraba todos los años. Decía que así las semillas no olvidan cómo crecer, que mantienen su memoria. Ahora yo las siembro. Y cuando yo me muera, mi hijo las va a sembrar. Es un compromiso familiar.

Armando caminó lentamente entre las parcelas sintiendo algo profundo que no sabía nombrar. Gratitud, tal vez. O reverencia ante algo sagrado.

—¿El Tláloc-1 sigue funcionando bien?

—Extraordinariamente. Antes sacábamos dos toneladas por hectárea en años buenos. Ahora sacamos cinco toneladas consistentemente. Y eso sin riego. Solo temporal.

—¿Y se lo han vendido?

—Lo vendemos al programa de acopio de ANDRI. Nos pagan sesenta por ciento arriba del precio porque es certificado orgánico. Con ese ingreso pagamos las escuelas de los niños. Y nos sobra para la casa.

Marcelo los invitó a comer. Su esposa había preparado mole con pollo de rancho y tortillas hechas a mano con maíz Tláloc-1 recién molido. Comieron en silencio respetuoso.

Después de comer, Marcelo sacó de un armario una caja de metal oxidada.

—Mi tío dejó esto específicamente para ustedes.

Adentro había tres mazorcas envueltas en papel periódico. Y una carta escrita con letra temblorosa:

"Doctor Villegas y doctor Ángeles:

Si están leyendo esto es porque yo ya me morí. No estoy triste de morir. Viví todo lo que tenía que vivir.

Les dejo estas tres mazorcas. Son de una variedad que nunca les enseñé porque la guardaba para el final. Se llama 'Lágrima de venado' porque los granos tienen una mancha café que parece lágrima. Mi bisabuelo la trajo caminando desde Michoacán en 1890. Crece en tierra pedregosa donde nada más crece.

No sé si les sirva para algo científico. Pero se las dejo por si acaso. Porque ustedes cumplieron su palabra. Hicieron exactamente lo que dijeron que iban a hacer. Y eso, en estos tiempos de mentiras, ya es milagro.

Cuiden esas semillas como yo las cuidé durante setenta años. Y si algún día pueden hacer algo bueno con ellas, háganlo. Pero háganlo bien. Con respeto. Con honestidad. Con ética.

Las semillas no son de nadie. Las semillas son de todos. No lo olviden nunca.

Profesor Epifanio Robles Martínez Diciembre 2032"

Armando leyó la carta tres veces. Tenía los ojos húmedos pero se negaba a llorar delante de extraños. Luis sí lloró abiertamente. Sin vergüenza.

Fabiola tomó las mazorcas con manos temblorosas.

—Vamos a conservarlas en el banco de germoplasma. Y cuando sea el momento, las vamos a sembrar. Es una promesa.

Salieron cuando el sol empezaba a bajar tiñendo el cielo de naranjas y rojos. Marcelo los acompañó caminando hasta el pueblo.

—¿De verdad mi tío hizo algo importante para el país?

—Hizo algo más que importante. Hizo algo eterno. Algo que va a sobrevivirnos a todos nosotros.

De regreso a la ciudad, el autobús nocturno atravesaba campos interminables sembrados con Tláloc-1. Luis miraba por la ventana haciendo cálculos en su libreta.

—A este ritmo, en cinco años vamos a tener el maíz sembrado en cinco millones de hectáreas.

—Si el próximo gobierno no cancela el programa por razones políticas.

—¿Tú crees que lo cancelen?

—No lo sé. La política es impredecible. Pero por si acaso, necesitamos que la semilla esté firmemente en manos de los campesinos. Que no dependa de presupuestos ni programas sexenales. Que sea genuinamente suya.

—Ya es suya. La licencia abierta lo garantiza legalmente.

—El papel garantiza muchas cosas hermosas, Luis. Pero solo la tierra dice la verdad final.

Llegaron a Celaya entrada la noche. Marta esperaba a Armando en la estación. Tenía sesenta y cinco años y había envejecido con elegancia serena.

—¿Cómo estuvo el viaje?

—Epifanio murió hace seis meses.

—Lo sé. Vi el obituario. ¿Fuiste a su casa?

—Fui. Dejó semillas para nosotros. Y una carta hermosa. Y un legado que va a durar más que todos nosotros.

En casa, Armando preparó té de hierbas como hacía todas las noches. Se sentó en el patio trasero a mirar las estrellas.

Marta salió con una cobija y se la puso sobre los hombros.

—¿Estás pensando en Epifanio?

—Estoy pensando en que treinta años buscando algo que un campesino ya tenía. Y que tuvo la generosidad de compartirlo sin pedir nada a cambio.

—¿Te arrepientes de algo?

Armando se tomó su tiempo para responder.

—Me arrepiento de no haber escuchado más a los campesinos desde el principio. De haber creído que la ciencia tenía todas las respuestas. Cuando la verdad siempre estuvo en la tierra, en las manos de quienes la trabajan.

—Pero al final lo entendiste.

—Al final lo entendí. Treinta años tarde, pero lo entendí.

Se quedaron en silencio mirando las estrellas. Arriba, el cielo era infinito. Abajo, en algún campo de Guanajuato, el maíz de Epifanio crecía vigoroso en la oscuridad.

Crecía porque alguien lo había cuidado durante setenta años.

Crecía porque alguien tuvo fe en que valía la pena preservarlo.

Crecía porque, al final, algunas cosas importantes no se inventan.

Solo se cuidan.

Capítulo 14

"Cuentas pendientes"

Junio de 2031. Tres años, seis meses y dieciocho días exactos desde que Hernando Valadez Visconti entró por primera vez al Penal Estatal. Mil doscientos ochenta y tres días contados uno por uno, marcados mentalmente como quien lleva el inventario de su propia desgracia. Mil doscientas ochenta y tres mañanas despertando en una celda claustrofóbica de tres por cuatro metros. Mil doscientas ochenta y tres noches interminables preguntándose cómo demonios había llegado ahí, a ese final absurdo e inevitable.

La celda estaba vacía en ese momento. Sus cinco compañeros habían salido al patio para la hora de sol reglamentaria. Hernando se quedó sentado en su litera de cemento mirando fijamente la pared agrietada. Había una mancha de humedad que con los meses había ido tomando diferentes formas: un mapa distorsionado de México, el perfil de un animal indefinible, o simplemente nada coherente. Dependía de cuánto tiempo la miraras y de qué tan desesperado estuvieras por encontrarle significado a algo.

Tocaron los barrotes metálicos con un sonido que resonó en la celda. Era el custodio Ramírez, un hombre de cincuenta años que trataba a los presos con una indiferencia profesional perfectamente calibrada. Ni amable ni cruel. Solo cumpliendo mecánicamente su trabajo.

—Valadez, tiene visita en la sala.

Hernando se levantó con movimientos lentos. No esperaba visitas de nadie. Gabriela no venía desde hacía más de dos años, había dejado de contestar cartas. Rodrigo nunca había venido ni una sola vez. Sus amigos de toda la vida habían desaparecido como humo en el viento.

La sala de visitas olía a esa mezcla nauseabunda de desinfectante barato y sudor humano que Hernando había aprendido a tolerar. Había mesas de plástico gris atornilladas al piso de cemento y sillas del mismo material institucional. En una mesa del fondo, esperaba con las manos cruzadas Mónica Salazar.

La auditora que lo había destruido metódicamente.

Hernando sintió que se le tensaba la mandíbula de manera involuntaria. Caminó hacia la mesa con pasos medidos y se sentó frente a ella sin saludar, sin hacer ningún gesto de cortesía.

—¿Qué hace aquí? —preguntó con voz seca.

Mónica tenía cuarenta y cuatro años ahora. Seguía usando el mismo estilo de traje sastre discreto y profesional, el mismo peinado funcional y práctico, la misma expresión seria que nunca revelaba nada.

—Vine a hablar contigo de algo importante.

—No tengo absolutamente nada que hablar con usted.

—Yo creo que sí lo tienes.

Hernando cruzó los brazos sobre el pecho. En la cárcel había aprendido el lenguaje corporal de la desconfianza automática. Era una lengua universal que todos hablaban ahí dentro con fluidez.

—¿Vino a regodearse? ¿A decirme que usted tenía razón y yo estaba equivocado?

—No. Vine a decirte algo que tal vez necesites saber: el sistema que implementamos después de tu caso está funcionando de manera efectiva.

—¿Y a mí qué demonios me importa eso?

—Debería importarte. Porque tu caso fue el primero de alto perfil. El que marcó precedente judicial. El que les dijo a todos los demás funcionarios corruptos: ahora sí hay consecuencias reales.

Hernando soltó una risa amarga que salió como un ladrido.

—Qué bonito. Soy un héroe involuntario. Un mártir de la transparencia gubernamental.

—No eres héroe —lo corrigió Mónica con firmeza—. Eres ejemplo. Que es muy, muy diferente. En estos tres años hemos recuperado cuatro mil doscientos millones de pesos a nivel nacional. Hemos procesado legalmente a ciento veintidós funcionarios públicos. Hemos implementado el sistema completo de monitoreo en dieciocho estados de la república.

—¿Y quiere que la felicite? ¿Qué le dé las gracias?

Mónica sacó de su portafolio de cuero una carpeta abultada.

—Quiero que sepas algo específico. El dinero que tú desviaste fue recuperado en su totalidad. Los trescientos cuarenta millones completos. Se usaron para terminar las obras que tú dejaste deliberadamente a medias. Tractores reales que llegaron a ranchos reales, semilla certificada de verdad, capacitaciones efectivas con instructores capacitados. Beneficiaron directamente a siete mil quinientos campesinos.

Hernando miró la carpeta sin atreverse a tocarla.

—¿Por qué me está diciendo esto?

—Porque llevas tres años aquí encerrado pensando que tu vida entera no sirvió para absolutamente nada. Y quiero que sepas que sí sirvió. No de la manera que tú planeaste ni esperabas. Pero sirvió para algo. Tu caída pública asustó a muchos funcionarios. Hizo que otros pensaran dos veces antes de robar. No todos, obviamente. Pero algunos sí. Y esos algunos significan millones de pesos que llegaron a donde debían llegar.

—Sigo sin entender qué quiere exactamente de mí.

Mónica cerró la carpeta con un movimiento seco.

—Nada. No quiero absolutamente nada de ti. Solo vine a decirte que el daño concreto que hiciste se reparó. Que los campesinos a los que robaste al final sí recibieron lo que merecían. Pensé que tal vez eso te ayudaría a dormir un poco mejor por las noches.

Se levantó para irse con movimientos decididos.

—¿Por qué? —preguntó Hernando con voz ronca—. ¿Por qué le importa si yo duermo bien o mal?

Mónica se detuvo en seco y se giró para mirarlo directamente.

—Porque yo también fui víctima directa de un corrupto. Mi padre trabajó treinta años como maestro rural. Cuando finalmente se jubiló, un funcionario se robó su pensión completa. Mi padre murió pobre esperando en vano que le devolvieran su dinero. Nunca se lo devolvieron. Por eso hago exactamente lo que hago. No por justicia abstracta o conceptos teóricos. Por mi padre. Y por todos los que fueron robados y nunca recuperaron nada.

Se fue sin voltear a mirarlo. Hernando se quedó sentado en la silla de plástico hasta que el custodio Ramírez lo regresó a su celda con las manos esposadas.

Esa noche no pudo dormir nada. Se quedó acostado en su litera mirando el techo mientras pensaba en los siete mil quinientos campesinos. En los tractores que finalmente llegaron. En las semillas que germinaron bajo el sol. En las capacitaciones que alguien sí tomó con seriedad.

No lo absolvía de nada. No borraba mágicamente lo que había hecho. Pero al menos significaba que el agujero profundo que había abierto eventualmente se había cerrado.

Al día siguiente pidió permiso formal para ir a la biblioteca del penal. Era un cuarto pequeño y mal ventilado con apenas doscientos libros donados y tres computadoras viejas sin acceso a internet. Hernando se sentó en una mesa destartalada y empezó a leer el periódico atrasado que alguien había dejado olvidado.

En la sección de política nacional, un artículo extenso sobre ANDRI. El programa cumplía cinco años de operación continua. Los resultados eran descritos como mixtos pero tangibles: dos millones de hectáreas tecnificadas, quinientas cooperativas funcionando de manera autosustentable, ochenta mil empleos directos creados. Y lo más importante desde el punto de vista de Mónica: ochenta y siete por ciento de eficiencia comprobable en el uso de recursos públicos.

Hernando leyó el artículo completo con concentración. Luego lo leyó una segunda vez, más lentamente.

Algo había cambiado en el sistema. No todo, obviamente. No para todos los involucrados. Pero algo fundamental.

Y él había sido parte importante de por qué tuvo que cambiar.

No de la manera heroica que hubiera deseado. De la manera vergonzosa y humillante. Siendo el ejemplo público de lo que no se debía hacer bajo ninguna circunstancia.

Pero al final, pensó con amargura, incluso los ejemplos negativos sirven para algo.

Los meses siguientes, Hernando empezó a participar activamente en los talleres de reinserción del penal. Había uno de lectoescritura básica para internos analfabetas. Hernando se ofreció como instructor voluntario.

—¿Tú sabes enseñar a leer? —preguntó el coordinador con escepticismo.

—No tengo experiencia. Pero sé leer perfectamente. Y puedo aprender a enseñar.

Empezó con cinco internos. Hombres mayores que nunca habían ido a la escuela en sus vidas. Campesinos pobres que cayeron en la cárcel por delitos menores. Gente que la vida había tratado infinitamente peor que a él.

Hernando les enseñaba con una paciencia que no sabía que tenía dentro de sí. Letra por letra. Sílaba por sílaba. Palabra por palabra. Cuando uno de ellos —un hombre llamado José de sesenta años— logró leer su primera frase completa sin ayuda: "Mi nombre es José y tengo seis hijos", el hombre lloró abiertamente de alegría.

Hernando también lloró.

Porque era la primera vez en tres largos años que hacía algo sin esperar absolutamente nada a cambio.

Capítulo 15

"El distrito modelo"

Abril de 2031. Cuatro años completos desde que Serafín Sandoval tomó la decisión más importante de su vida: trabajar limpio, sin atajos ni concesiones. Cuatro años desde que eligió conscientemente la transparencia absoluta sobre el dinero fácil y corrupto. Y ahora, parado en la compuerta principal del Distrito de Riego 011 Alto Río Lerma, con el sol de la mañana calentándole la espalda, miraba algo que nunca en sus fantasías más optimistas había imaginado ver: agua cristalina llegando exactamente a donde debía llegar, sin una sola gota desperdiciada.

El canal revestido de concreto brillaba limpio bajo el sol de mediodía. El agua corría transparente, sin las fugas constantes que antes se perdían hundiéndose en la tierra seca. Los medidores digitales marcaban el caudal en tiempo real con precisión milimétrica. Las compuertas hidráulicas se abrían y cerraban con una sincronización perfecta, controladas por un sistema automatizado que respondía instantáneamente a sensores de humedad instalados en las parcelas.

—Ochenta y cinco por ciento de eficiencia hídrica actual —dijo Jacinta Morales revisando los datos en su tablet con satisfacción—. Hace apenas cuatro años estábamos en un patético cuarenta y dos por ciento. Estamos ahorrando ciento veinte millones de metros cúbicos anuales. Es histórico.

Jacinta tenía treinta y cinco años ahora. Se había convertido en subdirectora de ANDRI Bajío después de un ascenso bien merecido. Se había casado el año anterior con un ingeniero agrónomo de León en una ceremonia pequeña e íntima. Pero seguía viniendo religiosamente al distrito cada mes para supervisar personalmente las operaciones.

—¿Y la producción agrícola? —preguntó Sera sin despegar la vista del agua que corría.

—Incremento sostenido del ciento cuarenta por ciento. Las ocho mil doscientas hectáreas tecnificadas están produciendo exactamente lo que antes producían dieciséis mil. Y usando menos de la mitad del agua. Los números son extraordinarios.

Sera asintió con una mezcla de orgullo y melancolía. Los números eran buenos. Mejores que buenos. Eran históricos para cualquier estándar. El Distrito 011 se había convertido en referencia nacional obligada. Cada mes llegaban delegaciones de otros estados, funcionarios ansiosos y productores curiosos, todos querían entender y replicar el modelo.

—¿Y don Prudencio? ¿Cómo está? —preguntó Sera.

—Está esperándote en la asamblea de usuarios del ejido. Dijo que necesita hablar contigo de algo importante.

Caminaron juntos hasta el salón ejidal construido con bloques de cemento. Ahí estaban reunidos cincuenta y siete usuarios del distrito. Don Prudencio Macías presidía la mesa directiva con sus sesenta y siete años recién cumplidos y la autoridad moral incuestionable de quien nunca ha robado un peso en su vida.

—Ingeniero Sandoval —dijo cuando Sera entró al salón—. Lo estábamos esperando con impaciencia.

—Buenos días a todos. ¿Qué pasó? ¿Hay algún problema?

—No hay problema. Venimos a agradecerle formalmente. Y a despedirlo con dignidad.

Sera sintió un golpe súbito en el pecho, como un puñetazo invisible.

—¿Despedirme? ¿De qué están hablando?

Don Prudencio se levantó lentamente de su silla con la solemnidad de quien va a decir algo importante.

—Nos enteramos de su promoción. Coordinador regional de modernización hidroagrícola. Doce distritos completos bajo su mando. Va a tener muchísimo trabajo por delante.

—¿Cómo se enteraron? Yo todavía no había dicho nada a nadie.

—Aquí en el campo nos enteramos de todo antes que nadie —sonrió don Prudencio—. Y queríamos decirle gracias antes de que se fuera. Hace cuatro años este distrito era un desastre completo. Canales rotos por todos lados, compuertas inservibles, agua que se perdía en fugas interminables. Y corrupción. Mucha corrupción enquistada. Usted llegó y cambió absolutamente todo. No de golpe como por arte de magia. Poco a poco, con trabajo constante. Con honestidad inflexible.

Los usuarios aplaudieron con un aplauso sincero que resonó en el salón. Sera no supo qué decir. Nunca había sido bueno para recibir halagos públicos.

—Yo no hice nada solo. Fue trabajo de todos nosotros.

—Usted nos enseñó a exigir nuestros derechos. A preguntar sin miedo. A no conformarnos con migajas. Por eso ahora tenemos asambleas mensuales de transparencia. Por eso revisamos cada peso que se gasta. Por eso este distrito funciona como funciona.

Don Prudencio le extendió un sobre de manila sellado.

—Esto es de todos nosotros. Un pequeño reconocimiento.

Sera abrió el sobre con manos que temblaban ligeramente. Adentro había una placa hermosa de madera de cedro con una inscripción grabada a mano:

"Al Ingeniero Serafín Sandoval Quiroz. Por enseñarnos que la honestidad sí sirve y sí vale la pena. Los usuarios agradecidos del Distrito 011. Abril 2031."

Sera sintió un nudo apretado en la garganta que le impedía hablar. Guardó la placa cuidadosamente en su maletín sin decir una sola palabra. Si intentaba hablar en ese momento, iba a quebrarse frente a todos.

Después de la asamblea emotiva, don Prudencio lo acompañó a caminar por el canal principal mientras el sol comenzaba a bajar.

—¿Se acuerda de cuando llegó aquí hace cuatro años? —preguntó el viejo ejidatario con nostalgia—. Yo pensé honestamente que era otro ingeniero de ciudad que venía nomás a robar como todos.

—Me acuerdo perfectamente. Y tenía toda la razón en desconfiar de mí.

—Pero usted demostró con hechos que yo estaba equivocado. No todos son ladrones. Algunos sí se preocupan genuinamente.

—¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar cuando yo me vaya de aquí?

—Va a seguir funcionando perfectamente. Porque usted no solo arregló el distrito. También nos enseñó a cuidarlo nosotros mismos. Ya no dependemos de que llegue un ingeniero bueno o malo. Ahora dependemos de nosotros mismos. Esa es la diferencia.

Sera sintió algo profundo parecido al orgullo legítimo. Pero también una melancolía inevitable. Dejar el distrito era como arrancar una parte de sí mismo.

—¿Quién va a ser el nuevo director cuando yo me vaya? —preguntó con curiosidad.

—Una ingeniera joven de Michoacán. Muy preparada. Honesta según dicen.

—Yo la entrevisté personalmente. Y le dije exactamente lo mismo que Jacinta me dijo a mí hace cuatro años: aquí no hay espacio para medias tintas ni zonas grises. O trabajas completamente limpio o te vas. No hay tercera opción.

—Entonces va a estar bien. El distrito va a estar en buenas manos.

Sera manejó de regreso a Celaya esa tarde pensando intensamente en los últimos cuatro años. En Esteban Vargas y su caída estrepitosa. En los primeros sistemas de riego instalados contra todos los pronósticos. En don Prudencio aprendiendo lentamente a confiar. En las compuertas que dejaron de fugar. En el agua llegando exactamente a donde debía llegar, cada gota contada.

Alma lo esperaba en casa con la comida ya lista en la mesa. Esperanza, su hija, tenía ahora dos años y medio. Corría por toda la sala persiguiendo incansablemente al gato de la familia.

—¿Cómo estuvo el día? —preguntó Alma sirviendo la sopa.

—Me despidieron oficialmente. Con placa conmemorativa y todo.

—No te despidieron, amor. Te ascendieron. Es muy diferente.

—Es exactamente lo mismo en cierto sentido. Ya no voy a estar en el distrito día a día.

—Pero vas a estar coordinando doce distritos. Vas a poder hacer lo mismo que hiciste aquí en otros once lugares. ¿No es eso infinitamente mejor?

Sera se sentó pesadamente a la mesa. Alma le sirvió sopa de verduras humeante.

—No sé si sea mejor. Es diferente. Aquí conocía personalmente a todos los usuarios. Sabía exactamente cuál parcela tenía problemas. Sabía cuándo alguien estaba robando agua. Allá voy a ser un coordinador de escritorio. Voy a revisar reportes interminables. Voy a ir a reuniones burocráticas. Voy a estar lejos del campo real.

—Pero vas a poder cambiar políticas desde arriba. Vas a poder implementar el modelo en más lugares. Vas a tener más impacto real.

—¿O voy a perder el contacto directo con lo que de verdad importa?

Alma dejó de servir y se sentó seria frente a él.

—Sera, hace cuatro años estabas completamente muerto por dentro. Cínico hasta la médula. Quemado profesionalmente. Convencido de que absolutamente todo era una mentira corrupta. Ahora mírate con honestidad. Estás vivo. Tienes propósito claro. Estás construyendo algo que va a durar. No desaproveches esta oportunidad por simple miedo al cambio.

Capítulo 16

"La cosecha de sombras"

Noviembre de 2030. Tres años y ocho meses exactos desde que Ana Lilia Palacios Urueta tomó la decisión más arriesgada de su vida: plantar árboles entre su ganado. Tres años y ocho meses desde que sus vecinos la llamaron loca, ilusa, soñadora. Y ahora, parada en medio de sus ochenta hectáreas completamente transformadas, con el sol filtrándose entre las copas de los árboles, miraba algo que apenas unos años atrás parecía absolutamente imposible: un rancho que producía el triple de lo que producía antes, con la mitad del esfuerzo y sin destruir la tierra.

Los árboles habían crecido con una generosidad que la sorprendía cada mañana. La leucaena alcanzaba ya cuatro metros de altura, con copas frondosas y densas que daban una sombra generosa y refrescante. La guácima extendía sus ramas anchas y horizontales donde el ganado buscaba refugio ansioso del sol implacable. Y la parota, aunque todavía joven y delgada, prometía convertirse en un gigante majestuoso en diez años más.

Entre los árboles estratégicamente plantados, el pasto bahía crecía verde y abundante incluso en los meses más secos. Y entre el pasto nutritivo y la sombra protectora, noventa y seis cabezas de ganado pastaban con tranquilidad. Triple de lo que tenía cuando empezó este experimento que muchos consideraban condenado al fracaso. Y cada animal pesaba veinte por ciento más que los

becerros que criaban los ganaderos vecinos con sus métodos tradicionales y exhaustos.

—Mamá, ya llegaron —gritó Claudia desde la casa, asomándose por la ventana de la cocina.

Eran treinta y dos personas. Ganaderos de cinco estados diferentes que habían viajado largas distancias para estar ahí. Habían venido a conocer El Encinal como parte de un curso intensivo de capacitación organizado por ANDRI. Querían ver con sus propios ojos si era cierto todo lo que decían los reportes oficiales.

Ana Lilia los recibió en el corral principal. Traía sus botas de trabajo lodosas, su sombrero de palma desgastado y la misma expresión seria de siempre, la que usaba cuando las cosas eran importantes.

—Buenos días a todos. Bienvenidos al rancho El Encinal. Yo no voy a darles una plática bonita con diapositivas de colores ni gráficas elegantes. Vamos a caminar por el rancho. Y mientras caminamos, les voy a contar la verdad completa. Lo bueno, lo malo y lo que casi me hace renunciar a mitad del camino.

Los llevó en un recorrido exhaustivo por el rancho transformado. Les mostró las hileras perfectamente espaciadas de árboles plantados con precisión matemática. Les explicó con detalle cómo el ganado comía voluntariamente las hojas de la leucaena como suplemento proteico natural. Les enseñó los bebederos automáticos que ahorraban agua y trabajo. Les mostró los números irrefutables: ganancia de peso, ahorro dramático de forraje, reducción casi total de mortalidad.

—¿Y cuánto le costó realmente todo esto? —preguntó un ganadero escéptico de Michoacán.

—Con el subsidio inicial de ANDRI, invertí doscientos mil pesos a lo largo de tres años. Ya los recuperé completamente con la venta de becerros de mejor calidad. Ahora todo lo que entra es ganancia neta.

—¿Y el trabajo diario? ¿Es mucho más que antes?

—Los primeros dos años son intensos, no voy a mentir. Plantar, regar constantemente, podar con criterio, vigilar que el ganado no dañe los árboles todavía pequeños. Pero a partir del tercer año se vuelve rutina manejable. Y ahora trabajo menos que antes porque el sistema prácticamente se cuida solo.

Una ganadera joven de Jalisco levantó tímidamente la mano.

—¿Y los vecinos? ¿Ya no la critican como antes?

Ana Lilia sonrió con una mezcla de satisfacción y amargura.

—Tres de mis vecinos más cercanos ya adoptaron el sistema después de ver los resultados. Los otros siguen esperando pacientemente a ver si me va mal. Pero como me va bien consistentemente, se están quedando sin excusas válidas.

Después del recorrido extenso, sirvieron comida en el portal amplio de la casa. Claudia y dos vecinas solidarias habían preparado birria con carne de becerros criados en el mismo rancho, frijoles refritos, arroz rojo y tortillas hechas a mano esa misma mañana.

—Esta carne está increíblemente suave —comentó con sorpresa un ganadero experimentado de Durango.

—Es porque el ganado no sufre estrés térmico —explicó Domingo con el entusiasmo del conocimiento recién adquirido. Él era el hijo de Ana Lilia y ahora veterinario titulado que trabajaba tiempo completo en el rancho—. El estrés continuo por calor endurece la carne y afecta el sabor. El ganado que pasta bajo sombra está tranquilo, relajado. Y eso se refleja directamente en la calidad de la carne.

Domingo había implementado recientemente un sistema sofisticado de ganadería de precisión: sensores electrónicos en cada animal que monitoreaban en tiempo real temperatura corporal, niveles de actividad y parámetros de salud. Cuando un becerro mostraba los primeros signos de enfermedad, una alerta automática llegaba al celular de Domingo antes de que el problema se volviera grave o letal.

—¿Y esos sensores cuánto cuestan? —preguntó alguien desde el fondo con preocupación obvia por el presupuesto.

—Los sensores son caros, no voy a mentir. Dos mil pesos cada uno. Pero se pagan completamente solos en el primer año porque reduces drásticamente las pérdidas por enfermedad. Ya no pierdo ni un solo becerro por año. Antes perdía cuatro o cinco invariablemente.

La conversación se extendió hasta media tarde. Algunos ganaderos tomaban notas detalladas en libretas. Otros tomaban fotografías con sus celulares. Todos hacían preguntas, cada vez más técnicas y específicas.

Cuando finalmente se fueron en sus camionetas polvorientas, Ana Lilia se dejó caer en el portal, completamente exhausta. Claudia le llevó con ternura un vaso grande de agua fresca con hielo.

—Te viste muy bien, mamá. Muy profesional y convincente.

—No soy profesional de nada. Solo soy una ganadera que aprendió algo nuevo y lo comparte.

—Eres más que eso, mamá. Eres un ejemplo vivo de que el cambio es posible.

Ana Lilia no sabía qué pensar de eso. Ella solo había querido salvar su rancho de la ruina. No convertirse en ejemplo público de nada ni de nadie.

Al día siguiente, temprano en la mañana, llegó don Fermín Orozco montado en su caballo alazán. El vecino tenía setenta y cuatro años cumplidos ahora. Caminaba notablemente más despacio pero seguía montando a caballo todos los días sin falta.

—Venía a pedirle un favor, Ana Lilia —dijo bajándose del caballo con dificultad.

—Dígame lo que necesite, don Fermín.

—Quiero que me ayude a plantar árboles en mi rancho. Ya sé que me tardé demasiado. Ya sé que debí hacerlo hace tres años cuando usted empezó. Pero ya decidí finalmente. Y quiero hacerlo bien, como debe ser.

Ana Lilia sintió algo profundo parecido al triunfo largamente esperado. Pero no lo demostró en su expresión.

—Con mucho gusto le ayudo. ¿Cuántas hectáreas quiere tecnificar?

—Veinte. Es todo lo que me queda del rancho. El resto lo vendí hace dos años cuando pensé honestamente que ya no había futuro en la ganadería.

—Hay futuro, don Fermín. Solo hay que adaptarse inteligentemente.

—Eso es exactamente lo que usted me enseñó con su ejemplo. Que el ganadero necio es ganadero pobre. Y yo ya estuve necio suficiente tiempo en mi vida.

Pasaron toda la mañana planificando meticulosamente el proyecto. Ana Lilia le explicó el sistema completo con paciencia. Don Fermín tomaba notas cuidadosas en una libreta vieja y manchada. Al final de la sesión, el viejo ganadero dijo algo que claramente le costó mucho trabajo:

—Gracias por no reírse de mí cuando me tardé tanto en aceptar que usted tenía razón.

—Nunca me reiría de usted, don Fermín. Usted es ganadero de toda la vida, con décadas de experiencia. Cambiar no es fácil para nadie, y menos a su edad.

En diciembre de ese año, Ana Lilia fue electa presidenta de la Unión Ganadera Regional en una votación sorpresivamente amplia. Fue la primera mujer en ocupar ese cargo tradicionalmente masculino en los ochenta y siete años de historia de la organización.

El día solemne de la toma de protesta, el salón estaba completamente lleno hasta el último asiento. Doscientos ganaderos de treinta y dos municipios diferentes. Ana Lilia subió al estrado con Claudia y Domingo orgullosamente a su lado.

—Muchas gracias por la confianza que depositan en mí —dijo sin leer ningún discurso preparado, hablando desde el corazón—. Sé perfectamente que algunos votaron por mí porque creen genuinamente en el cambio. Y otros votaron en mi contra por exactamente la misma razón. Pero no vine aquí a dividir a nadie. Vine a construir algo juntos.

Capítulo 17

"Raíces del cielo"

Marzo de 2032. Cinco años completos desde aquella asamblea dividida y dolorosa donde solo siete mujeres levantaron la mano con valentía. Cinco años desde que Sicarú Molotla de Canul tomó la decisión más importante de su vida: no iba a seguir esperando permiso de nadie para cambiar su destino. Y ahora, parada en el local nuevo y amplio de la cooperativa Café Yaa Tao Xhon, miraba con una mezcla de orgullo y asombro algo que nunca se había atrevido a soñar: un negocio que funcionaba de verdad, que prosperaba contra todos los pronósticos.

El local era tres veces más grande que el primero, ese cuarto prestado donde empezaron con lo básico. Ahora tenía dos tostadoras industriales que funcionaban todo el día, tres molinos profesionales, una empacadora automática que sellaba bolsas perfectas y un área elegante de degustación donde los compradores podían probar el café antes de ordenar. En las paredes recién pintadas había fotografías enmarcadas de las sesenta y siete mujeres que ahora

formaban la cooperativa. Sesenta y siete rostros de cinco comunidades diferentes. Sesenta y siete historias personales de transformación.

—Llegó el pedido confirmado de Alemania —dijo Dominga entrando al local con una tablet en las manos—. Quinientos kilos de café tostado medio. Quieren que se los mandemos en dos semanas exactas.

—¿Ya confirmaste el embarque completo con la exportadora?

—Ya está todo confirmado. Y también llegó otro pedido nuevo de Japón. Trescientos kilos. Quieren específicamente café orgánico de altura certificado.

Sicarú revisaba los números detalladamente en su computadora. La cooperativa exportaba ahora a seis países distintos: Estados Unidos, Canadá, España, Francia, Alemania y Japón. Y seguían vendiendo localmente en Oaxaca y Puebla con excelentes resultados. El año anterior habían facturado tres millones de pesos. Este año proyectaban alcanzar cinco millones.

—¿Cómo vamos con el centro de ecoturismo? —preguntó Sicarú levantando la vista de la pantalla.

—Las cabañas ya están completamente listas. Rufino terminó todos los muebles la semana pasada. Quedan realmente preciosas, mejor de lo que esperábamos.

Rufino. Sicarú sonrió involuntariamente al pensar en su esposo. Llevaba tres años completamente sobrio. Tres años trabajando de manera constante y comprometida en su taller de carpintería. Tres años siendo nuevamente el hombre que ella recordaba haber amado cuando eran jóvenes.

El taller estaba ahora establecido en un terreno junto al local de la cooperativa. Rufino empleaba a cuatro jóvenes del pueblo enseñándoles pacientemente el oficio ancestral. Hacían muebles hermosos con madera certificada de manejo sustentable: sillas, mesas, camas, repisas. Todo tallado meticulosamente a mano con diseños zapotecos tradicionales.

—¿Y las reservaciones para las cabañas? —continuó Sicarú.

—Tenemos el centro completamente lleno hasta junio. Turistas de la Ciudad de México, Guadalajara, algunos extranjeros también. Vienen específicamente a conocer el proceso completo del café, a caminar por los cafetales en terrazas, a aprender sobre la cultura zapoteca.

Sicarú asintió satisfecha. El centro de ecoturismo había sido idea original de Yásnaya. Su hija antropóloga había escrito un proyecto completo y profesional: cabañas ecológicas con paneles solares, recorridos culturales guiados, talleres de gastronomía tradicional, clases de lengua zapoteca. Todo meticulosamente documentado, profesional, sustentable.

—¿Ya llegó Yásnaya del aeropuerto? —preguntó Sicarú.

—Viene en el autobús de la tarde. Trae a unos periodistas franceses con ella. Quieren hacer un reportaje extenso sobre la cooperativa para una revista europea.

Sicarú suspiró con cansancio anticipado. Los periodistas venían prácticamente cada mes ahora. Querían conocer la historia completa. Tomar fotografías

artísticas. Escribir artículos sentimentales sobre "mujeres indígenas empoderándose". A veces era francamente cansado. Pero también era necesario y estratégico. Cada artículo publicado traía más compradores interesados. Más turistas curiosos. Más oportunidades de negocio.

A las cuatro de la tarde llegó puntualmente el autobús. Yásnaya bajó con dos franceses: un periodista de mediana edad llamado Jean-Pierre y una fotógrafa joven llamada Amélie. Traían mochilas grandes de viajeros experimentados y cámaras profesionales costosas.

—Mamá, te presento formalmente a Jean-Pierre y a Amélie. Vinieron desde París específicamente para hacer el reportaje sobre nosotras.

Los franceses saludaron en español con acento marcado pero comprensible. Sicarú los recibió primero en zapoteco, luego en español. Era su forma deliberada de recordarles que estaban en territorio zapoteco ancestral, no en México genérico ni turístico.

—¿Cuánto tiempo van a estar aquí con nosotras? —preguntó Sicarú.

—Una semana completa —respondió Jean-Pierre con entusiasmo—. Queremos documentar absolutamente todo el proceso. Desde la cosecha en las montañas hasta el empaque final. Y también queremos entrevistar profundamente a las mujeres de la cooperativa.

Pasaron los siguientes días siguiendo a Sicarú prácticamente por todos lados. La filmaron cortando café maduro en el cafetal empinado. La entrevistaron durante horas en el local. Grabaron las asambleas democráticas de la cooperativa. Fotografiaron meticulosamente cada paso del proceso de transformación del café.

Una tarde tranquila, mientras descansaban bajo un aguacate centenario con ramas enormes, Jean-Pierre le preguntó algo que claramente le interesaba profundamente:

—¿Cuál fue el momento más difícil en estos cinco años intensos?

Sicarú pensó en la asamblea dividida y dolorosa. En Rufino alcoholizado y violento. En Gaspar queriendo irse desesperado al norte. En los hombres del pueblo diciendo con burla que iban a fracasar rotundamente.

—El momento más difícil no fue uno solo y dramático —respondió Sicarú con honestidad—. Fue despertarme cada mañana durante el primer año completo sin saber si íbamos a poder continuar. Si las mujeres iban a seguir viniendo o se iban a desanimar. Si Rufino iba a dejarnos en paz o nos iba a sabotear. Si los compradores iban a pagar realmente lo que prometían. Cada día era difícil de manera diferente. Pero cada día también era una decisión consciente: seguir adelante o rendirse. Y yo decidía seguir.

—¿Y qué te daba fuerzas para continuar?

Sicarú miró hacia el cafetal extenso. Las plantas crecían en terrazas perfectamente diseñadas que subían por la montaña como una escalera verde infinita.

—Las otras mujeres. Ver que ellas también seguían viniendo aunque tuvieran miedo. Ver que cada semana éramos una más que se animaba. Ver que los ingresos llegaban como prometimos. Ver que sí se podía hacer realidad lo imposible. Eso me daba fuerzas renovadas cada día.

Amélie tomó docenas de fotografías de Sicarú bajo el aguacate con luz filtrada. Luego tomó fotos cuidadosas de las mujeres trabajando concentradas. Del café secándose lentamente al sol. De las manos agrietadas y curtidas que sostenían los granos rojos.

El sábado siguiente, la cooperativa organizó una celebración grande. Era el quinto aniversario oficial. Sesenta y siete mujeres reunidas en el local nuevo decorado con flores. Había comida preparada amorosamente por todas: mole negro tradicional, tasajo asado, tlayudas crujientes, chocolate espumoso batido a mano.

Delfina Bacab bendijo los alimentos con una oración larga en zapoteco. Tenía sesenta y dos años cumplidos ahora y caminaba apoyándose en un bastón tallado, pero seguía siendo la guardiana espiritual respetada de la comunidad.

Después de comer entre risas y conversaciones, Sicarú tomó la palabra frente a todas:

—Hace cinco años éramos apenas siete mujeres asustadas. Hoy somos sesenta y siete mujeres orgullosas. Hace cinco años vendíamos café cereza a tres pesos miserables el kilo. Hoy exportamos café procesado de calidad a veinte veces ese precio. Hace cinco años los hombres nos decían con burla que íbamos a fracasar estrepitosamente. Hoy muchos de ellos trabajan con nosotras porque vieron que no fracasamos. Esto no es solamente mi logro personal. Es logro de todas nosotras. De cada mujer que decidió levantarse temprano aunque tuviera miedo. De cada esposo que decidió apoyar genuinamente en lugar de estorbar. De cada hijo que decidió quedarse en el pueblo en lugar de irse. Esto es de todas. Y para todas.

Las mujeres aplaudieron con entusiasmo genuino. Algunas lloraban abiertamente de emoción. Petrona, que había sido una de las siete valientes originales, se levantó para hablar:

—Yo quiero decir algo importante. Yo antes no sabía leer ni escribir una sola palabra. Aprendí aquí en la cooperativa con las clases nocturnas. Ahora leo los contratos legales. Reviso las facturas detalladamente. Llevo las cuentas contables. Y le enseñé a leer a mi hija más pequeña.

Epílogo

Noviembre de 2033. Seis años y diez meses exactos desde que Laura Santibáñez Cordero aceptó el desafío de documentar México Rural Próspero. Dos mil quinientos días grabando incansablemente. Quinientas cincuenta horas de material bruto acumulado. Trescientos cuarenta y dos entrevistas realizadas. Ochenta mil kilómetros recorridos por carreteras polvorientas y caminos de terracería. Y ahora, sentada en una sala oscura de cine en el prestigioso Festival

Internacional de Cine Documental de Ámsterdam, estaba a punto de ver el resultado final proyectado en pantalla grande por primera vez ante un público internacional.

Iván estaba sentado a su lado en la butaca de terciopelo rojo. Tenía cuarenta y cuatro años ahora y algunas canas plateadas comenzaban a aparecer en sus sienes. Él había filmado absolutamente todo. Cada lágrima derramada. Cada triunfo celebrado. Cada fracaso doloroso.

—¿Nerviosa? —preguntó él en un susurro.

—Aterrada —admitió Laura con honestidad brutal.

La sala se oscureció completamente. En la pantalla apareció el título con letras blancas sobre fondo negro:

"RAÍCES PROFUNDAS

La transformación imperfecta del campo mexicano"

Episodio 1

Las promesas

La pantalla mostró imágenes devastadoras del campo mexicano en 2027. Tierra agrietada y seca. Ganado con las costillas marcadas. Campesinos empacando maletas para migrar. La voz en off de Laura explicaba el contexto histórico con precisión: décadas de abandono gubernamental, pobreza estructural enquistada, crisis climática acelerada.

Luego aparecía Ramón Durán en su oficina austera, enero de 2027, mirando directamente a la cámara:

—Este proyecto puede ser lo más importante que haga en toda mi vida. O puede ser otro elefante blanco más que termina abandonado. Por eso necesito que alguien externo documente absolutamente todo sin filtros.

Corte a la senadora Cristina Valenzuela en el Senado de la República, defendiendo apasionadamente el proyecto:

—México no puede seguir ignorando su campo mientras importamos lo que deberíamos producir. Es momento de actuar con seriedad.

Corte a Ana Lilia Palacios mirando con desesperación sus dieciséis becerros flacos:

—Si esto no funciona, voy a tener que vender todo el rancho. Es mi última oportunidad.

Corte a Serafín Sandoval manejando su camioneta vieja por caminos polvorientos:

—He visto tantos programas gubernamentales fracasar que ya no sé si vale la pena creer en algo.

Corte a Sicarú en aquella asamblea comunitaria dividida y tensa:

—Yo propongo que formemos la cooperativa exclusivamente con mujeres.

El episodio terminaba con Laura hablando directamente a cámara con una honestidad que desarmaba:

—Durante los próximos seis años voy a seguir estas historias sin saber cómo terminarán. Voy a documentar si este proyecto ambicioso funciona o fracasa estrepitosamente. Y al final, ustedes van a poder juzgar por sí mismos qué pasó realmente.

Episodio 2

Los pioneros

Ana Lilia plantando árboles entre las miradas burlonas de sus vecinos. Sera rechazando dinero corrupto con las manos temblorosas. Sicarú formando la cooperativa con apenas siete mujeres valientes. Armando recibiendo las semillas ancestrales de Epifanio con reverencia.

Imágenes crudas de trabajo bajo el sol. De sudor corriendo por la espalda. De dudas que quitaban el sueño.

Ana Lilia con voz cansada: "Los vecinos me decían que estaba completamente loca."

Sera mirando al horizonte: "Por primera vez en mi vida estaba trabajando limpio. Y daba un miedo terrible."

Sicarú contando con los dedos: "Éramos siete. Siete mujeres contra todo un pueblo que no creía en nosotras."

Episodio 3

Los obstáculos

Hernando montando meticulosamente su esquema de corrupción. Mónica desmantelándolo con paciencia quirúrgica. Esteban saboteando equipos en la oscuridad. Las resistencias culturales profundas en Oaxaca. Los ganaderos burlándose abiertamente de Ana Lilia.

Imágenes de conflicto directo. De tensión acumulada. De fracasos que dolían.

Hernando en entrevista desde la cárcel, con el uniforme naranja del penal (2032):

—Pensé que podía salirme con la mía como siempre lo había hecho. Como todos lo hacían. Pero esta vez no pude. Y eso me costó absolutamente todo lo que tenía.

Episodio 4

Los dilemas

Armando y Luis discutiendo acaloradamente sobre patentes y propiedad intelectual. Epifanio defendiendo con voz temblorosa que las semillas son patrimonio de todos. La decisión difícil de crear la licencia abierta.

Armando con ojos húmedos: "Las semillas no se inventan. Se descubren en lo que ya existe. Robarme eso hubiera sido profundamente deshonesto."

Luis reconociendo su error: "Aprendí que la prisa no sirve de nada cuando trabajas con los tiempos de la naturaleza."

Episodio 5

Las grietas

Programas que fracasaron rotundamente. Cooperativas que nunca lograron despegar. Distritos de riego que siguieron siendo nidos de corrupción. Jóvenes que siguieron migrando al norte a pesar de todas las promesas.

Imágenes dolorosas de campos abandonados. De esperanzas rotas. De promesas gubernamentales incumplidas.

Laura en voz en off con tono grave:

—No todo funcionó. Y era absolutamente importante documentar también lo que falló estrepitosamente. Porque las transformaciones reales nunca son perfectas ni completas.

Episodio 6

El balance

Imágenes del campo mexicano en 2033, seis años después. Los árboles de Ana Lilia dando sombra generosa. El agua de Sera llegando exactamente a las parcelas. El café de Sicarú cruzando océanos en contenedores. El maíz de Armando creciendo en millones de hectáreas.

Pero también, con la misma honestidad: pueblos que seguían siendo pobres. Distritos que seguían quebrados. Campesinos que seguían desconfiando de todo.

Ana Lilia (2033) con el sol poniéndose detrás: "¿Cambió todo? No, definitivamente no. ¿Cambió algo significativo? Sí. Y ese algo es suficiente para seguir intentando."

Sera (2033) junto a una compuerta abierta: "El cambio no es mágico ni instantáneo. Es metódico. Y el método funciona si se aplica con honestidad."

Sicarú (2033) empacando café con sus manos curtidas: "Éramos siete mujeres asustadas. Ahora somos sesenta y siete mujeres orgullosas. En diez años seremos seiscientas sesenta y siete."

Armando sembrando en su parcela de retiro en Michoacán, con movimientos lentos de quien tiene todo el tiempo:

—Treinta años buscando obsesivamente la semilla perfecta. Y al final entendí algo fundamental: no existen semillas perfectas. Solo existen semillas que crecen. Y gente dispuesta a cuidarlas con paciencia.

El documental cerraba con Laura caminando lentamente por un campo extenso de maíz Tláloc-1, las plantas meciéndose con el viento:

—¿México Rural Próspero funcionó? La respuesta es infinitamente complicada. Funcionó para algunos. Falló para otros. Transformó vidas profundamente. Dejó intactas otras vidas. Cumplió algunas promesas importantes. Rompió otras promesas.

¿Es esto un éxito rotundo? ¿Es un fracaso estrepitoso?

Es algo más honesto y valioso que ambas categorías simplistas: es un intento imperfecto de cambiar algo que llevaba décadas completamente roto. Y los intentos imperfectos son lo único real que tenemos.

Hace seis años me preguntaron si quería documentar una transformación histórica. Y pensé ingenuamente que iba a documentar algo grande, definitivo, memorable.

Pero documenté algo infinitamente más valioso: documenté personas reales haciendo cambios reales en circunstancias imperfectas.

Y si algo aprendí en estos seis años intensos es que no necesitamos milagros divinos.

Necesitamos gente dispuesta a plantar árboles que tal vez nunca vea crecer completamente.

Gente dispuesta a sembrar semillas que tal vez otros cosechen.

Gente dispuesta a trabajar limpio aunque sea infinitamente más difícil.

Gente dispuesta a intentar aunque no haya garantías de éxito.

Porque las transformaciones no las hacen los programas gubernamentales.

Las hacen las personas con sus decisiones diarias.

Y México está lleno de personas dispuestas a intentar contra todo pronóstico.

Esa es la historia que documenté durante seis años.

Y esa historia, creo profundamente, vale la pena contar.

La pantalla se puso en negro absoluto. Aparecieron los créditos finales con nombres que desfilaban lentamente. Música de fondo: una canción zapoteca cantada por las mujeres de la cooperativa de Sicarú.

Hubo un silencio denso en la sala.

Luego comenzaron los aplausos.

Primero tímidos, inseguros. Luego fuertes y decididos. Luego toda la sala de pie en una ovación.

FIN